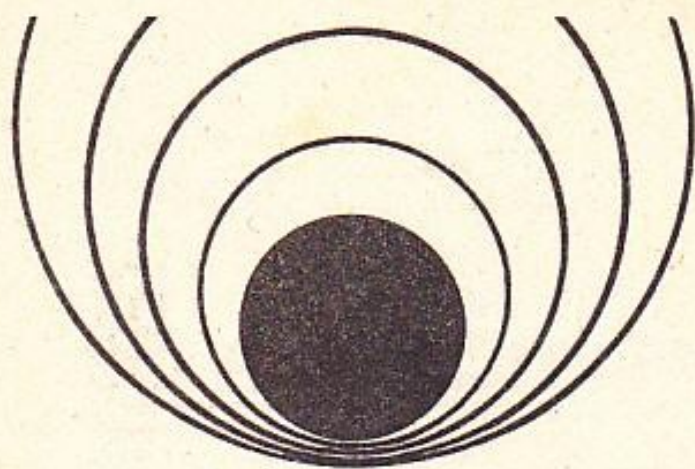




MAREA NEGRA EN SAINT TROPEZ

Ralph Barby





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.483 — El espía y la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.228 — Entre coyotes anda el juego.

En Colección PUNTO ROJO:

883 — Una pelirroja en la habitación.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120 — La matanza del paso de Trout-Creek.

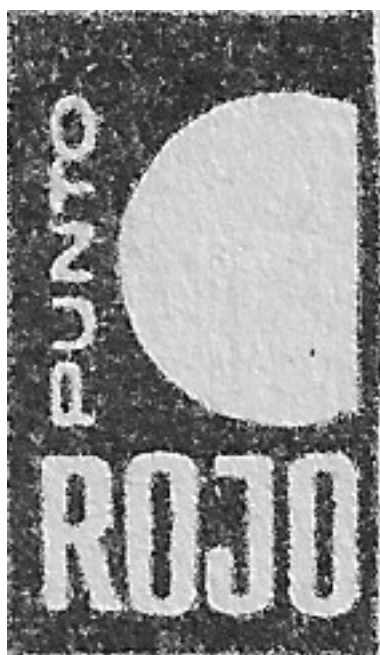
En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

MAREA NEGRA EN SAINT TROPEZ

Colección PUNTO ROJO n.º 916
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.870 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: noviembre, 1979

© **Ralph Barby - 1979**

texto

© - **1979**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones
de la misma, son fruto exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo que cualquier
semejanza con personajes, entidades o hechos
pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona -

CAPITULO PRIMERO

A la luz de una lujosa lámpara focal, Paul Frangois examinó la ficha personal que tenía delante. En ella había dos fotografías, una de busto y otra completa.

La chica era singularmente atractiva, alta, esbelta, rubia. Mas, viéndola simplemente en fotografía, podía decirse que le faltaba pulirse. No tenía el aire de las mujeres de París y tampoco el de las chicas de la Riviera, más abiertas, más llenas de vida y de color que Ariadne Ortie.

Paul Frangois era un experto en mujeres, por lo menos así lo creía él y quienes le conocían de cerca, especialmente madame Charcot, propietaria del elegante, confortable y lujoso hotel Cinq Etoiles, ubicado junto a Saint Tropez en la magnífica Costa Azul.

—Será un buen bocado —rezongó Paul Frangois.

Con unos golpes suaves, llamaron a la puerta.

—Adelante.

Al abrirse la puerta tapizada en cuero, con artísticas chinchetas de rutilante latón, apareció Ariadne Ortie vestida de negro, con delantalito blanco y la pequeña cofia sobre sus cabellos rubios.

—¿Me ha llamado, monsieur?

—Ah, sí, sí —dijo con cierto aire distraído, como si no se acordara.

La muchacha, que había llegado del interior en busca de trabajo, se acercó a la gran mesa despacho temiendo una comunicación desagradable. Había mucha competencia para conseguir un buen empleo.

Las chicas francesas de servicio estaban mejor colocadas que las extranjeras; sin embargo, su juventud le restaba seguridad.

De tener unos años más, no hubiera tenido miedo, pues habría sabido que a ella le resultaba más fácil conseguir un empleo, incluso mejor que el que ya poseía.

—¿Cómo te va el turno de noche?

—Ah, bueno, me gustaría más el de día, pero va bien, monsieur.

—Magnífico, el turno de día ya llegará. Hay que tener más aplomo, más seguridad. Yo te ayudaré, eres una muchacha que promete. Puedes llegar lejos en un hotel tan lujoso como éste. Aquí llegan chicas vietnamitas, yugoeslavas, italianas, españolas, pero para jefas de camareras preferimos a las compatriotas y tú tienes cualidades.

—Gracias, monsieur, yo procuraré esforzarme —dijo ella, tímidamente.

—La noche es un poco dura para las chicas jóvenes y novatas, pero hay que hacerla para aprender. Este es un hotel lujoso, tenemos huéspedes de alto nivel económico y social y como pagan espléndidamente, ya te habrás ido dando cuenta por las propinas, son

muy caprichosos.

—Sí, monsieur, piden las cosas más extrañas, desde comidas y bebidas hasta discos raros.

—A los huéspedes especiales del hotel hay que tenerlos contentos, dejan muchos francos en cada visita que hacen a la Costa Azul.

Mientras hablaba, Paul Frangois se levantó de su butaca y rodeó la mesa sentándose al borde de la misma, muy cerca de la jovencísima pero esbelta camarera que no se atrevió a moverse.

—Te irás dando cuenta de que hay caprichos que pueden traerte buenos beneficios, y nadie se va a enterar. ¿Me entiendes?

—No, monsieur.

Paul Frangois era un hombre muy elegante que había entrado en la madurez sin pasarse de peso. Vestía con mucha corrección y el tono de su voz resultaba acariciante. No era un secreto para él de que entre el personal femenino del hotel gozaba de gran predilección.

Alzó su mano casi cariñosamente, le desabrochó el botón del cuello del vestido. Luego, como sin darle importancia, acarició por encima del propio vestido los pechos no muy grandes pero sí turgentes de la chica.

Notó que ella se estremecía, que tragaba saliva con dificultad.

Paul Frangois, experto en aquellos encuentros que no constituían ninguna novedad para él, aguantó su mirada fija en los ojos de Ariadne que terminó por desviar los suyos, como si los centrara en el escote que los dedos jugueteaban del director del hotel recorrían.

—Date la vuelta.

—Es que yo...

—Tú imagínate que ahora soy un cliente caprichoso, un cliente que deja muchos francos al hotel. Gracias a esos clientes, tú y tus compañeras tenéis trabajo. Además, cuando esos clientes han conseguido su capricho, se muestran muy generosos.

Ariadne vaciló, entre sus labios bailaba la negativa.

Paul Frangois se dio cuenta y le sonrió. Tomándola por un brazo, la acercó más y alargando su mano, tiró de una de las puntas del lazo que sujetaba el pequeño delantal que era más parte del uniforme que útil en sí mismo.

—No hace falta que te vuelvas, ya está.

—Monsieur, pueden llamarme ahora...

—Si te llaman, te suplirá una compañera. Yo tengo grandes proyectos para ti, Ariadne. Serás una buena camarera jefe, tu salario se doblará y cuando libres jornada en el hotel, te pasearás por Saint Tropez con tus buenos francos en el bolso. Te sentirás tan bien, tan libre como las burguesas de París que vienen aquí a vacacionar o a buscar un tipo adinerado y tostado por el sol que tenga yate a ser posible para aparejarse con él, porque eso de casarse ya te habrás

dado cuenta de que no está de moda. ¿Has hecho el amor en alguna ocasión?

—¿Tengo que responder a eso, monsieur?

—No lo hagas si no quieres —le dijo él sin dejar de soltar botones del vestido de la chica hasta que pudo abrirlo y admirar la belleza femenina.

Y para verla mejor aún, movió la lámpara focal e iluminó el cuerpo de piel blanca y suave de la muchachita de provincias.

—Maravilloso, Ariadne, maravilloso. Estaba seguro de que eras preciosa. Haces bien en no llevar sujetador, no te hace falta, tienes los pechos duros.

Los tomó entre sus manos, oprimiéndolos con suavidad, notando el calor de la carne femenina y también su ligero temblor.

—Por favor, monsieur, no quiero, por favor, déjeme marchar...

Paul Frangois se había excitado ante aquel cuerpo hermoso y no quería dejarlo marchar sin satisfacer antes sus deseos que ya no eran ningún secreto para la muchacha.

—No puedes ir por el mundo con tantos remilgos y menos en Saint Tropez, has de espabilarte.

Se apartó de ella y buscó en una estantería una botella y dos vasos. Sirvió Pernod de sesenta grados en ambos y se lo entregó a la muchacha que había querido darse prisa en abrocharse sin conseguirlo.

—Bebe.

—Es que, monsieur, ahora...

—Vamos, bebe.

Ariadne no supo negarse, pero el licor era fuerte y tosió.

—Haz un esfuerzo, tienes que saber beber.

Ella se tragó el contenido del vaso y sintió que todo su cuerpo ardía. Los botones volvieron a saltar y el vestido desapareció de su cuerpo. Paul Frangois supo desnudarla con rapidez y ella quedó con las medias, la pequeña cofia, las braguitas blancas y el reloj de pulsera cuya correa negra destacaba sobre la piel blanca.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Bien, bien —dijo, sintiendo el escozor en su garganta.

—Te daré algo suave para que se te pase ese picor que tienes.

Iba a negarse, mas ya Paul Frangois había descorchado una botella de champaña que tenía en una nevera mueble que se hallaba en su despacho de director de hotel.

A la vista del burbujeante y fresco champaña, Ariadne no se resistió, buscando más que nada la frialdad y suavidad de la bebida.

Consumió dos copas mientras notaba que las manos del hombre la palpaban y acariciaban.

El quiso estirarle de las braguitas, pero ella las cogió casi con las

uñas, defendiendo su intimidad.

Al hombre, más que irritarle aquella resistencia de la jovencísima Ariadne, que no lo parecía tanto debido a su desarrollo físico, le divertía ya, era parte del juego. Estaba seguro de que al final la vencería, la sometería y la poseería.

Después, como todas, terminaría yendo detrás de él, atenta a sus más mínimos caprichos; sin embargo, en aquella ocasión, Paul Frangois se equivocaba.

Mientras el vestido estaba tirado en el suelo junto con el delantalito y Ariadne defendía sus braguitas, notándose mareada con la mezcla de champaña y Pernod de sesenta grados, se abrió la puerta tapizada en cuero y aparecieron tres hombres encapuchados; dos de ellos llevaban pistolas en sus manos.

—Quietos los dos y nada os sucederá, no queremos hacer daño —dijo el que no portaba armas.

Paul Frangois se puso muy tenso y Ariadne sintió deseos de gritar. Uno de los individuos lo presintió y se acercó a ella. Le tapó la boca advirtiéndole:

—No te sucederá nada si te quedas quietecita, monada. Por esta noche, el jefe no te va a joder.

Paul Frangois trató de rodear la mesa caminando hacia atrás. Logró abrir el cajón gracias a la posición de la lámpara focal que cegaba un tanto a los recién llegados.

Más, uno de ellos que llevaba un arma, casi se abalanzó sobre él metiéndole el cañón de la pistola provista de silenciador entre los ojos, golpeándole incluso al tiempo que le decía:

—Bastardo, te voy a meter una bala entre los ojos.

Al mismo tiempo, dio un fuerte golpe al cajón, cerrándolo y atrapándole los dedos. Paul Frangois contuvo un grito de dolor, dolor que se reflejó en la expresión de su rostro.

—Aquí todo irá bien si sois sensatos—dijo el que iba desarmado pero que cubría su rostro, lo mismo que los otros dos sujetos, con un caluroso pasamontañas de tejido fino y color negro que dejaba ver los ojos y la boca.

—No me gustan los ruidos, no me gustan los gritos —silabeó el intruso que parecía jefe de los otros dos que iban armados—. Si hace falta, las pistolas dispararán, pero no harán ruido, de modo que es mejor que seáis buenos. Traigo unos bomboncitos; conqué os comáis uno será suficiente para tranquilizaros.

—¿Quiénes sois? —preguntó Paul Frangois, ya repuesto del dolor de sus dedos que, sin embargo, sangraban ligeramente.

—No somos amigos precisamente —respondió el que parecía el jefe.

—Os daré lo que tengo, no es mucho pero será suficiente.

—Gracias, pero el dinero que tienes en la caja de caudales ya

sabemos que no es mucho porque tus clientes pagan con talones que van directamente al Banco.

Aquel sujeto se acercó a Ariadne mientras uno de sus secuaces controlaba al director del hotel sin apartar la pistola de su cabeza.

—Mira, preciosa, es sólo un bombón tranquilizante. Si te duermes, soñarás con los angelitos que no joden y nada te pasará. Sé buena chica o nosotros seremos niños malos.

—¿No me harán nada si me duermo? —inquirió ella, estremecida de miedo, ya que sólo vestía los zapatos, las medias, las braguitas, el reloj y la pequeña y coquetona cofia de camarera.

—Si lo que temes es que te violemos, no te preocupes, no vamos a aprovechar el tiempo contigo. Quizá en otra ocasión, ahora tenemos prisa, de modo que si tu jefe todavía no te ha lanceado esta noche, seguirás con la diana sin horadar.

Aunque seguía con miedo, mucho miedo y avergonzada por su desnudez que ella misma sentía completa pese a que las braguitas seguían ajustadas a sus ingles y por encima del vello del pubis, Ariadne abandonó la idea de gritar que, por otra parte, no iba a servirle más que para que le dieran unos puñetazos en su estómago delicadamente femenino, prieto y casi inexistente, pero que se hallaba escocido y llenito de champaña y Pernod.

Aquello, superado ya el primer momento de terror, le dio cierta euforia que le hizo morder el bombón hasta con sensación golosa.

—Es bueno, ¿verdad? —preguntó el enmascarado que se hallaba delante de ella, con el rostro casi a un palmo.

Ella lo miraba y veía reflejar algo en la boca de aquel hombre que ocultaba su rostro.

—Sí, está bueno. ¿Tiene droga?

—Un poquito, para que te duermas; luego vendrá el príncipe millonario, te dará un beso y despertarás, y si no sucede así, te vuelves a dormir para que no te jodan tipos como éste. En fin...

Las últimas palabras de aquel indeseable casi no pudo oírlas. Notó un mareo, como si se cayera por una escalera de caracol donde las paredes eran grandes cristales de colores muy vivos, como esmeraldas y rubíes.

Ella seguía cayendo, cayendo, y notó una sensación de vértigo que la ahogaba.

Sus piernas flotaban en el aire. Luego, las piernas se desprendieron de su cuerpo y volaron solas, era como si las hubiera perdido y con sus manos trató de recogerlas. Todo era absurdo, muy absurdo, tan absurdo como lo que le estaba ocurriendo en el despacho del director del Cinq Etoiles.

Al día siguiente, cuando despertó, Ariadne se hallaba en una habitación que tenía una pequeña ventana que daba a un patio

interior.

La acompañaba un hombre que por su forma de inclinar la cabeza y mirarla dedujo que era un médico y, a su lado, otro desconocido que en voz baja preguntó al galeno:

—Ya ha despertado. ¿Podemos interrogarla?

Más tarde, Ariadne se enteró de que aquella mañana soleada, la magnífica, lujosa y sensacional piscina del hotel Cinq Etoiles de Saint Tropez, había aparecido con dos o tres dedos de petróleo crudo, sucio y negro, como si dentro de la piscina se hubiera producido una marea negra.

Y en medio de aquel petróleo sin refinar, que nadie sabía cómo había ido a parar allí, flotaba el cadáver de monsieur Paul Frangois, el director del hotel que se rumoreaba era el amante de la propietaria madame Charcot.

Paul Frangois ya no volvería a abusar de su cargo en el hotel para presionar y violar a ninguna chica más; flotaba en el asqueroso petróleo que cubría los casi mil metros cuadrados de la fantástica piscina irregular a la que sólo tenían acceso los huéspedes del hotel o invitados muy exclusivos de éstos.

Aquella misma mañana, cuando la policía ocupaba la excepcional piscina y resultaba muy difícil pensar que se pudiera limpiar con rapidez, pues alguien se había apresurado a advertir que aquel petróleo no podía verterse por los colectores, pues iría a parar al mar, ensuciándolo, un buen número de huéspedes del hotel, ricos en su totalidad, pues de lo contrario no habrían podido abonar las elevadas facturas que allí se pasaban, abandonaron el establecimiento.

Mientras, la policía trataba de descubrir el motivo de todo aquello. No había habido robo, la caja de caudales no había sido violada y tampoco la camarera que se había encontrado durmiendo en el sofá del despacho del director, al parecer asesinado por ahogamiento.

Narcotizado como estaba, al ser arrojado al interior de la piscina, no había reaccionado para salvarse y silenciosa, muy silenciosamente, como un pez enfermo, Paul Frangois se llenó de agua y petróleo.

CAPITULO II

El Citroen CX Prestige entró con suavidad en el área privada del Cinq Etoiles.

Un espléndido sol matinal lucía en el cielo de Saint Tropez, ni una nube lo enturbiaba. Hacía calor, un calor que todavía no resultaba molesto, ya que estaban al principio de la canícula.

El portero, dos botones portamaletas y un chófer, aguardaban en la entrada principal. Jean Maurice salió del auto, dejando las llaves en el contacto.

—Cuídenlo; yo lo mimo —le dijo al chófer que se hizo cargo del coche para llevarlo al estacionamiento.

Jean Maurice Cézanne era un hombre alto, joven, pero ya hecho, con una expresión definida en su rostro lleno de vigor. Sus movimientos eran elásticos y pausados al mismo tiempo, como los del felino que en todo momento está dispuesto a saltar.

Coronaba su cabeza con un abundante cabello rubio, despeinado y lacio. Protegía sus ojos de un azul acerado con gafas de sol de cristales muy oscuros y vestía deportivamente, con un pañuelo de seda amarilla alrededor del cuello.

—Buenos días, monsieur —le saludó el conserje.

—Me llamo Jean Maurice Cézanne.

—Ah, monsieur Cézanne, le estábamos esperando.

El conserje dio unas instrucciones en voz baja a su ayudante para que ocupara su puesto y él abandonó el mostrador, pidiéndole al recién llegado:

—Por favor, monsieur, sígame.

Por un corredor le llevó hasta una puerta; le pidió que aguardara un instante, desapareció y al poco reapareció.

—Por favor, monsieur, madame Charcot le está esperando.

El despacho era lujoso, confortable y elegante.

Madame Charcot no estaba sentada tras la gran mesa escritorio sino en una butaca y junto a ella había una muleta de aluminio con juntas de marfil.

Madame Charcot era una mujer que estaba por encima de los cuarenta años, pero no había llegado aún a la cincuentena. Su rostro hubiera sido agradable de no tener una permanente expresión dura e inquisitiva.

Jean Maurice Cézanne fue observado de arriba abajo por aquella mujer orgullosa y que debía de jasarle mucho tiempo a la defensiva, quizá por su cojera.

—Madame Charcot...

—Creí que era usted mayor.

—No puedo decir que lamente decepcionarla, madame.

—No, no, si no me decepciona. Si desea fumar, en la mesa encontrará tabaco.

—No, gracias. —Se acercó al amplio ventanal y comentó—; Posee una magnífica piscina.

—Para conseguirla, tuvo que hacerse una inversión muy fuerte.

—Está llena de bañistas.

—Bañistas de tour operator, la casta baja del turismo internacional.

—Si usted los acepta, será porque le interesa —objetó el hombre.

—No podía resistir ver el hotel vacío. Además, se degrada y la recuperación resulta luego más cara. Con estos huéspedes gana poco, apenas cubro los gastos menos del diez por ciento de lo que ganaba con los clientes asiduos que marcharon.

—Un asunto muy desagradable. ¿Qué dijo la policía?

—Continúan sus pesquisas, pero no creo que resuelvan nada por ahora.

—¿Por qué no? La policía hace bien las cosas.

—Sí, pero este asunto no es un vulgar asesinato o robo, tiene ramificaciones internacionales. Los asesinos saben protegerse, no son niños ni estúpidos.

La mujer se levantó de la butaca y con ayuda de la muleta fue hacia una estantería de la que sacó una botella. Escanció bebida en dos vasos. Jean Maurice observó la delgadez extrema de una de las piernas de madame Charcot.

—Poliomielitis —dijo ella —; no me acostumbraré jamás y me ocurrió en la niñez.

Jean Maurice tomó su vaso, era whisky y no supo qué decirle. La mujer parecía adelantarse a las observaciones que pudieran hacerle los demás.

Por supuesto, con ella no cabía caer en el paternalismo. Era una mujer dura a la que habría de resultar mejor tratar con cinismo, debía despreciar la debilidad.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Usted es un buen reportero, el mejor en asuntos de escándalo.

—Que apareció una piscina de Saint Tropez llena de petróleo crudo con el cadáver del director del hotel flotando en ella, ya se publicó. ¿Cree que merece un reportaje más extenso?

Ella, sin soltar la muleta, bebió de su vaso. Se acercó a la ventana y miró a los turistas de baja categoría económica a los que, obviamente, despreciaba.

Eran ruidosos, casi alborotadores. Estaban contentos porque su tour operator les había conseguido aquella maravilla de hotel por un precio módico. De otra forma, no habrían podido acceder a unas instalaciones tan lujosas y confortables como las del Cinq Etoiles.

—Quiero justicia.

—Yo soy un reportero, no un juez.

Ella se volvió rápida, casi como un reptil, para escupirle:

—Usted es un hombre; de acción. —Bajó el tono y la dureza de su voz—. Yo he seguido sus reportajes y le admiro, tiene agallas, sabe lo que hace y cómo buscar información. Dígame, ¿ha tenido miedo alguna vez?

—Por supuesto que sí.

—Es usted modesto además. No debería de serlo siendo tan bien parecido, fuerte e inteligente como es. Los mejores no tienen por qué ocultar que saben que son los mejores, esa es mi forma de pensar. —Se miró a sí misma—. Los débiles tenemos que buscar otras armas, dar más rodeos, pero usted es fuerte. —Se apartó de la ventana y corrió la cortina—. Le pagaré bien, mejor que ningún reportaje.

—¿Por cuál trabajo?

—Tráigame al asesino de Paul Frangois, el criminal que llenó mi piscina de petróleo como si un petrolero se hubiera partido dentro de ella, al hombre que quiso que los periodistas fotografieran mi piscina y mi hotel perdiera su prestigio. Tráigame al culpable; ya sé que ese culpable utiliza a matones para que le ayuden a hacer sus sucios trabajos, pero me conformaré con tener a la cabeza.

—Me ha confundido con un detective privado, madame.

—Yo no quiero un detective privado.

—¿Por qué no?

—Un detective privado tendría que dar explicaciones a la policía, estaría más limitado. Usted puede filtrarse mejor alegando que está haciendo un reportaje. Usted descubrirá al culpable y me lo traerá, ese es todo su trabajo.

—Interferir en las investigaciones de la policía está penado.

—Es un riesgo que deberá correr. No me importa cómo lo haga, pero tráigame a ese hombre. No le pido que robe ni que mate, sólo que investigue y que me traiga al culpable.

—Me está usted provocando,

—Medio millón.

—¿Medio millón de qué?

—De francos para usted si me trae al culpable.

—Hum, es una cantidad muy sugestiva, sigue usted provocándome. Será mejor que me sirva un poco más de whisky.

—Dietas aparte. Por supuesto, usted no trabajará para mí, digamos que hará su reportaje.

Jean Maurice Cézanne, una vez le hubo servido más licor, observó:

—Paga usted mucho por un trabajo que podría encargar a una agencia de detectives privados y por el que le cobrarían muchísimo menos dinero.

—Es un asunto de homicidio y estando la policía investigando, no me fío de una agencia de detectives. Suelen ser muy profesionales y no querrían perder su carnet. Le llamé a usted porque creo que es el hombre que necesito.

—Parece que intenta usted convertirme en un caza-recompensas. Puede poner un anuncio en la prensa ofreciendo esa cantidad como recompensa y se asombrará ante la cantidad de gente que querrá ayudarla, por la recompensa, claro.

—Lo que me vería es envuelta por timadores, embaucadores y hampones de todas las cataduras. No soy ninguna imbécil, sé escoger a la gente. Hace años que hice construir este hotel, sé escoger a los empleados, a la gente que ha de trabajar para mí. Heredé una pequeña fortuna de mis padres y he sabido multiplicarla. No, no soy ninguna inválida aunque me vea coja y tampoco ninguna menopáusica que tira el dinero con tal de conseguir sus caprichos. Yo lo veo como una inversión,

—¿Y si no encuentro al culpable? Si la policía no lo ha atrapado, es que debe ser difícil dar con él.

—En ese caso —dijo ella moviendo la muleta entre sus manos y dedicándole una sonrisa sarcástica —habrá pasado unas vacaciones en Saint Tropez con los gastos pagados.

—¿Nada más?

—Para conseguir algo hay que merecerlo y si el premio es sabroso, mucho más.

Jean Maurice se sentó en el borde de la mesa con desenfado.

—Es usted una mujer inteligente y muy audaz. Contratándome a mí desafía incluso a la policía. ¿Se da cuenta?

—No la desafío, sólo soy consciente de sus limitaciones. Es posible que el culpable no esté en Francia.

—Bien. ¿Qué me dice del móvil del asesinato?

—Dinero.

—¿Mucho?

—Más que asaltar a la banca nacional.

Jean Maurice lanzó un silbido admirativo.

—¿Todo ese dinero tiene usted?

—No, no soy la única. Los demás se habrán cerrado ahora como ostras, sus valvas están tan prietas que ni la policía consigue abrirlas para sacar un dato. Ninguno de los perjudicados acudirá a la policía.

—De modo que se trata de algo más gordo de lo que se ha dicho en la prensa.

—Mucho más.

—¿Ese Paul Francois era algo personal para usted?

—Mi amante.

—Es usted cruda en sus respuestas.

—A la policía no se lo he dicho aunque lo habrán supuesto, entre el personal hay muchas lenguas sueltas.

—Dígame, madame, ¿le importaría que lo publicara?

—No, si lo hace después de traerme al culpable.

—¿Y para qué lo quiere usted?

—Para ser la primera que le escupa a la cara. Después, que la justicia se encargue de él.

—Bueno, ha sido usted muy franca, Paul François era su amante. ¿Lo sabía mucha gente?

—Más de la necesaria, no era ningún secreto. —Volvió a ponerse en pie y anduvo apoyada en su muleta. No le importaba que su cojera se viera, casi hacía alarde de ella—. Paul François se hubiera casado conmigo en seguida, pero yo no quería.

—¿Por qué?

—Porque Paul François, además de ser mi amante, y no vaya a creer que yo fuera muy exigente, con cuatro o cinco veces por mes me bastaba, era caprichoso y tenía más necesidades. Yo le permitía tener sus compensaciones, ya me entiende, él tenía otras amantes. Si me hubiera casado con él, no se lo habría tolerado, ya pasé por esa experiencia antes de conocerle a él. Mi marido murió joven, cáncer. La verdad es que me hizo pasar por idiota muchas veces. Me prometí a mí misma no pasar de nuevo por la misma situación, jamás dependería de ningún otro hombre, jamás.

—Ya, mejor que el hombre dependiera de usted.

—Exacto, y así era con Paul François. Yo le saqué de simple conserje de hotel. Era astuto e inteligente a medias, pero en el amor sabía comportarse como un experto y a mí me bastaba como era. Una vez, quiso cambiar la situación y que fuera yo quien quedara prendida de él. Le dije que si ésas eran sus exigencias, podía marcharse. Estuvo un mes lejos y volvió muy manso. En ninguna parte se le pagaba como aquí y tampoco tenía la situación privilegiada que yo le brindaba, incluidas sus aventuras amorosas. Comprendió que era yo quien decía la última palabra y se amoldó a! juego, en eso sí supo mostrarse inteligente. Yo puedo tener vicios, pero mi mente nunca se va a dejar arrastrar por ninguno de ellos. Tengo frialdad de pensamiento y si hay que aplastar un cigarrillo en el cenicero o arrojarlo a la escupidera antes de encenderlo, yo lo tiro por muchos deseos que tenga de fumar.

—Comprendido.

—¿Acepta entonces?

—Antes de decir mi última palabra, quiero conocer todos los detalles acerca de lo ocurrido. Tampoco yo me dejo arrastrar por lo que pueda parecerme apasionante en un principio.

—Entonces, llegará lejos. Ahora, escuche, le voy a contar todo lo que sé de este maldito asunto...

CAPITULO III

El avión a reacción enfiló la pista de aterrizaje y descendió majestuosamente sobre ella. Las ruedas casi tocaban el asfalto, los aerofrenos habían entrado en funcionamiento mucho antes y la azafata lo advirtió por el servicio de altavoces interno para que los pasajeros novatos no tuvieran ningún temor al notar la leve sacudida que frenaba la velocidad de la gran máquina volante, orgullo de la industria francesa.

La puesta de sol en el aeropuerto de Marsella era digna de contemplarse. Un cielo limpio y un sol que perdía fuerza y ganaba en belleza, una belleza que iba a durar muy pocos minutos; luego, desaparecería tras las colinas.

Rasssss... Las ruedas entraron en contacto con la pista de aterrizaje y el avión, con un silbido fuerte, fue deteniéndose. Un vuelo perfecto desde Ginebra.

Los pasajeros desembarcaron para trasladarse a la aduana internacional.

Entre ellos había un nutrido grupo de turistas suizos, ansiosos de bañarse en la Riviera y tostarse bajo el magnífico sol mediterráneo.

Entre los pasajeros había un hombre de impecable traje estival; su aspecto era el de un ejecutivo. Había viajado en primera clase y en su mano llevaba un portafolios.

Pasó los servicios de policía sin ninguna dificultad. Se encaminó a la hilera de taxis y tomó el que correspondía, el primero en la fila.

—¿Adónde, monsieur?

—Lléveme a la avenida Canebière.

El taxista dedicó una ojeada al hombre a través del espejo retrovisor, como queriendo fijarse más en él. Su aspecto de ejecutivo de corte internacional le pareció bien y pisó a fondo el acelerador. Con aquella ciase de hombres no entraba fácil la charla durante el recorrido del aeropuerto a la ciudad.

Se hizo de noche. Los automóviles encendieron sus faros y los semáforos en la ciudad podían verse con gran perfección. El taxista paró ante el primero que vio rojo.

Otro coche de color burdeos oscuro se detuvo junto a ellos. El conductor del coche vecino asomó el cañón de una pistola equipada con silenciador y mientras los vehículos se hallaban al ralentí, sonaron como unos secos taponazos.

El taxista pudo ver los fogonazos gracias a que era de noche y cuando quiso reaccionar, el automóvil desde el que habían disparado, aceleró bruscamente, haciendo un gran ruido mientras otros automovilistas, impacientes, hacían sonar sus claxons.

El taxista, desconcertado, miró hacia su pasajero y lo vio tumbado en el asiento. La sangre brotaba de su cuerpo, de su rostro. Ni él mismo podía decir cuántas veces le habían disparado.

—Eh, ¿qué sucede? ¡Circule, circule!—apremió un gendarme al ver que el taxista bloqueaba la circulación.

—¡Agente, agente, mire, mire, acaban de matarlo! —gritó, y señaló al viajero acribillado a balazos dentro de su taxi.

El gendarme, sorprendido, sacó su silbato y comenzó a hacerlo sonar, desviando el tráfico.

Un hombre había llegado de Ginebra en avión y detenerse ante el primer semáforo de la ciudad le había costado la vida. Aquel taxi no manchaba el asfalto con el aceite del cárter sino con la sangre del pasajero internacional.

* * *

Ariadne se quitó el vestido de camarera, la jornada había sido particularmente dura.

El hotel estaba al completo, no sólo por las habitaciones sino la totalidad de las camas, ya que en cada habitación, contra lo que era usual en el Cinq Etoiles, dormían varios huéspedes para hacer el completo. En realidad, ésta había sido una exigencia de la compañía que contrató el hotel por un período de dos meses. Se llevaba o traía turistas según fueran cumpliéndose los turnos programados.

Madame Charcot había tenido incluso que subir los salarios a algunos empleados muy selectivos de la hostelería para que no se le marchasen a otros hoteles con huéspedes que dieran menos problemas y más propinas.

Madame Charcot les había dicho que el contrato con el tour operator sólo sería un bache en el hotel que duraría un par de meses. Después, volverían a la normalidad tratando de recuperar a sus habituales clientes tras el desagradable y trágico suceso en el que perdiera la vida el director del hotel.

Madame Charcot le había dicho a Ariadne que un hombre la esperaba en la barra de la discoteca que poseía el propio hotel, encarada con una gran cristalera que miraba al mar.

En principio, pensó no acudir a la cita, mas como se lo pedía la propia madame Charcot, resolvió ir. En varias ocasiones había tenido que prestar declaración ante la policía, que le había aconsejado que no abandonara el lugar.

Cuando vio que el hombre alto, rubio, elástico, muy viril en todos sus ademanes, se fijaba en ella, tuvo un instante de turbación que no era más que el reflejo de que su cuerpo se había estimulado sensualmente ante aquel hombre.

—¡Ariadne!

Su turbación aumentó al ser interpelada precisamente por él. La discoteca estaba llena de gente, la música tenía un volumen alto y varios jóvenes bailaban frenéticos.

—¿Qué quiere, es usted policía?

—No.

—¿Quién es usted?

—Jean Maurice Cézanne.

—No le conozco.

—Soy reportero. Vivo en París y mi trabajo es patear toda Francia y cruzar las fronteras si el reportaje lo requiere.

—¿Periodista?

—Lo dices con miedo. Anda, tómate algo.

—No, no quiero beber.

—No tengas miedo, no voy a emborracharte. Tómate un zumo de frutas y no temas, soy amigo.

—No, no quiero salir en ningún reportaje, ya he pasado bastante vergüenza y yo no hice nada. Entre todos me han hecho sentir como una prostituta.

—No temas, para mí eres Ariadne, una bella muchachita, y no escribiré nada que tú no quieras que publique. Sólo deseo hablar contigo; madame Charcot me ha contado lo que sucedió, pero yo quiero saber más y, ¿quién mejor que tú para explicármelo?

—La policía lo sabe todo.

—La policía no me lo va a contar. Por cierto, ¿los encapuchados han vuelto a ponerse en contacto contigo?

—No.

—A la policía no le caemos bien los reporteros que nos dedicamos a los reportajes escándalo, ellos prefieren a los que se limitan a dar sus notas oficiales o a hablar muy bien de la policía y, ojo, que yo no digo que no se lo merezcan, pero me gusta trabajar a mi aire. No soy un redactor chupatintas que no se mueve de su mesa en cualquier periódico o revista.

—Yo no quiero hablar más de este asunto, fue muy desagradable. Pienso que pudieron matarme a mí también, me durmieron con el bombón drogado como a monsieur Paul François.

—Sólo que a él lo tiraron a la piscina en la que habían vertido más de diez toneladas de petróleo crudo.

—Fue todo muy horrible. Me llevaron al hospital, me sentí muy mal. Yo no era la amante de monsieur Paul François, no lo era, él quiso aprovecharse de mí, eso fue todo.

—Tranquilízate, yo no voy a dejarte en cueros en ninguna revista. Mira, vamos a ser amigos, pero aquí se habla muy mal. ¿Qué te parece si nos damos una vuelta?

—¿Por dónde?

—Ariadne, Ariadne, no se puede vivir como lo estás haciendo ahora. Has pasado un susto, es cierto, pero la vida sigue, no puedes coger un miedo irracional a todo y a todos los hombres. Vamos a dar una vuelta y no pienses que te voy a emborrachar ni a drogar con bombones para violarte mejor. Tranquila, que no todos somos sátiros ni asesinos.

Ariadne se dejó llevar. El CX Prestige abandonó el recinto del hotel y Jean Maurice enfiló la carretera de Cannes. Lo hizo sin prisas, sin pisar el acelerador a fondo.

Puso en marcha la cassette con el volumen bajo y una música suave. Una noche estrellada y espléndida podía contemplarse al otro lado de los cristales.

En un punto donde podía verse el mar con su negrura aterciopelada y brillante con el reflejo de las estrellas, Jean Maurice se situó en el arcén buscando un lugar seguro, cerca de unos árboles. Paró el motor y se volvió hacia la muchacha.

—Si tienes miedo de mí, me lo dices. Doy la vuelta al coche y te llevo de nuevo al hotel.

Ariadne suspiró y se relajó. Estiró sus piernas y al fin dijo: .

—No, no tengo miedo ahora. Es que lo he pasado muy mal y me siento muy sola aquí en Saint Tropez. No tengo amigos, no me he adaptado aún a esta vida. Yo vivía en un pueblecito muy tranquilo bretón y aquí todo es tan diferente...

—Sí, muy diferente, y en París también lo es. Una chica tan bonita como tú corre muchos peligros y más teniendo Marsella tan cerca, donde el vicio y la traía de blancas es cosa normal de cada día.

—Me lo han dicho, pero...

—Pues lo que te hayan dicho puedes creértelo. Si te descuidas en Marsella, puedes despertarte un día en el Golfo Árabe en el harén de algún jeque que te haya comprado o, lo que es peor, puedes terminar en un burdel recibiendo a clientes uno detrás de otro, explotada como un animal, y te prevengo que los honorarios por los servicios prestados se los llevan en gran parte los proxenetas que no dudan en golpear bárbaramente a sus pupilas o «máquinas» para infundir miedo en las demás y que todas en conjunto resulten obedientes y sumisas.

—Sí, eso me han dicho, pero tú, ¿por qué me lo cuentas?

—Porque te veo muy joven e inexperta y 110 me gustaría que terminaras en esa clase de profesión. Has estado ya metida en un asunto feo y la policía te habrá interrogado a fondo para averiguar si tú sabías algo de los enmascarados.

—Sí, pero yo les he jurado que no sabía nada. Ellos se presentaron en el despacho cuando ya monsieur Paul François me había medio emborrachado. Sólo faltó el bombón drogado para que me quedase dormida durante horas y horas. Lo pasé muy mal.

—Tú no has tomado drogas antes, claro.

—No, nunca. Bueno, en una ocasión me dieron a fumar algo que me produjo vómitos.

—Es lo mejor que podía pasarte. Ahora, hablemos de lo que te sucedió.

—Está bien, lo contaré una vez más.

Jean Maurice escuchó atentamente mientras fumaba un cigarrillo y contemplaba el rutilante mar Mediterráneo. El espectáculo era hermoso aún en la noche gracias a que lucía una luna espléndida.

Justo acababa de conocer a Jean Maurice, un hombre que desde su punto de vista femenino le parecía avasallador, y Ariadne ya sentía la necesidad de confiar plenamente en él.

Deseó que él la besara y trató de dominarse, de no dejarse llevar por sus sentimientos. Para apartar a un lado los deseos, se dijo que tenía que recelar. Jean Maurice seguía siendo un desconocido para ella y un reportero de París tenía que haber pasado por la piedra a muchas mujeres.

Seguro que era de los que tomaban la fruta que más les gustaba, la devoraban y arrojaban el hueso lejos porque pensaban comerse otra fruta distinta al día siguiente.

Ella podía convertirse en una fruta más y esa idea le hizo daño. Lo único que poseía era a sí misma y no deseaba perderse en una aventura fácil.

Jean Maurice tenía palabras fáciles, palabras envolventes que casi la drogaban. Lo que le ocurría con él no le había pasado con ningún otro hombre.

Pese a haberla desnudado, pese a haberle acariciado el cuerpo y palpado los pechos tratando de excitarla, Paul Frangois no había conseguido aquel efecto embriagador que le producía Jean Maurice, y eso que el asesinado director del hotel tenía fama de dominador de mujeres, una especie de donjuán español o casanova italiano.

—¿Qué te sucede, Ariadne? Te has quedado como abstraída —le dijo él.

Ariadne no se había dado cuenta de que, efectivamente, se había ensimismado en la lucha interna que estaba sosteniendo entre sus deseos y lo que debía de ser, de acuerdo con sus medidas de precaución y cordura.

—¿Qué? Mira, Jean Maurice, un coche.

En la carretera, tras ellos, acababa de detenerse un automóvil, con tanta suavidad que Jean Maurice, mirando a Ariadne, no se había percatado de su presencia.

El otro vehículo se le había acercado con las luces apagadas, lo que le puso en guardia inmediatamente.

El coche recién llegado, que si no era negro lo parecía en la oscuridad de la noche, arrancó violentamente con un fuerte reprise,

haciendo un gran ruido al pisar a fondo el acelerador con la primera marcha colocada.

—¡Maldita sea! —gruñó Jean Maurice, apresurándose a darle a la llave del contacto mientras frenaba al máximo su CX con el freno de mano.

—¡Salta, salta del coche!—gritó a la sorprendida Ariadne.

El auto embistió contra el Citroen del reportero y encendió las luces de cruce, cegándoles. La muchacha tuvo tiempo de abrir la portezuela por el lado del mar y saltar sin saber realmente adónde iba a caer cuando el coche de Jean Maurice sufría una brutal sacudida.

El Citroen había conseguido ponerse en marcha, pero no había llegado a colocar la marcha atrás y, pese al freno de mano, saltó hacia adelante, pendiente abajo, dando tumbos hacia las rocas.

Jean Maurice trataba de dominar el coche que acababa de ser empujado hacia su destrucción mientras unos árboles retorcidos, pinos mediterráneos, pasaban junto a él. Chocó contra ellos expresamente, mas no consiguió frenar el coche sino arrancarlos de cuajo.

Ariadne, que había saltado del coche rodando sobre sí misma, ahogaba sus gritos de pánico. Ni siquiera se percataba de los golpes que se daba en el cuerpo, en las piernas, en las manos.

Logró aferrarse a un arbusto nacido entre los resquicios de una roca blancuzca y se quedó allí, protegida, mientras en lo alto, el automóvil asesino permanecía quieto ahora, frenado. De él se apearon tres hombres a los que no podía ver bien por la distancia, pero que no llevaban pasamontañas ni ninguna otra protección en el rostro. Ariadne jadeaba entre excitada y llena de miedo. Sentía terror hacia aquellos asesinos que aun sin poder ver sus caras, estaba segura de que eran los mismos que habían matado a Paul Frangois. Aún no había adquirido conciencia de que Jean Maurice iba a morir estrellado contra las rocas.

El Citroen saltó por encima de un peñasco y cayó al agua, estrellándose en medio de un ruido escalofriante.

Quedó encajado entre rocas y medio hundido mientras las olas batían contra lo que poco antes era un vehículo lujoso.

Los tres asesinos permanecieron unos instantes más observando. Luego, volvieron a subir a su automóvil que habían utilizado como ariete para empujar a sus víctimas al abismo.

Se alejaron y otros coches que pasaron por aquel lugar, ni se apercibieron de lo ocurrido.

Ariadne quedó sola bajo un cielo estrellado y una luna hermosa que nada había podido hacer por evitar aquel ataque salvaje.

—¡Socorro! —gritó.

Quiso ponerse en pie y entonces comprobó que sus pies colgaban en el aire. Donde ella estaba, el acantilado era más vertical. El automóvil,

dando tumbos, se había alejado mucho de donde quedara Ariadne, un lugar más peligroso, ya que la altura del acantilado era superior al sitio donde había terminado estrellándose el Citroen,

Posiblemente, por la colocación del automóvil, no habían visto que Ariadne se lanzaba encogida sobre sí misma fuera del coche.

—¡Auxilio! —siguió gritando la muchacha con la esperanza de que algún vehículo de los que pasaban por la carretera, lo mismo procedentes de Montecarlo, Niza o Cannes que los que venían de Marsella o Saint Tropez, la oyese.

Intentó ponerse en pie y una piedra de grueso tamaño se desprendió, cayendo al mar. Ella estuvo a punto de seguir su camino. Sus manos se aferraron con más fuerza al matorral que hería su piel.

—¡Auxilio! —chillaba aterrada, comprendiendo que de un instante a otro iba a despeñarse sobre las rocas que afloraban entre las aguas, rocas bañadas por la espuma salada de aquel mar Mediterráneo cargado de historia de las civilizaciones.

El matorral se iba rompiendo, sus dedos arañaban la tierra y las rocas que se desprendían.

Tuvo la impresión, por segunda vez en su vida, de que iba a morir y la sola idea de despeñarse contra las rocas la espeluznaba. Sus pies pateaban en el aire mientras tierra y piedras resbalaban como si se hubiera situado sobre tierras movedizas.

El matorral se rompía y sus dedos la sostenían cada vez menos. Su cuerpo se desplazaba hacia el vacío. Por unos instantes, deseó que si caía sobre las rocas batidas por el oleaje en medio de la oscuridad de la noche, lo mejor era que se partiese el cráneo y su muerte fuera instantánea, porque si en su caída sobre las rocas se partía piernas, brazos o la espalda, la agonía sería larga y horrible.

—¡Aguanta!

La voz varonil la sobresaltó. Volvió la cabeza y descubrió a Jean Maurice.

Las manos del hombre se aferraron a las muñecas de la muchacha y le demostraron su fuerza alzándola y sacándola del abismo, poniendo primero sus rodillas y luego sus pies en tierra firme.

Ariadne se abrazó al hombre y él la estrechó contra sí.

—Creí que habías muerto —gimió ella.

—Me ha salvado el cinturón de seguridad. He encogido las piernas y he evitado partírmelas. Luego el coche se ha metido en el agua, pero quedaba aire. He preferido esperar a que ellos se marchasen, ya que el coche no se hundía del todo. La caída ha sido muy espectacular, pero donde he caído no hay demasiada altura. Ahora, vamos arriba, hay que regresar. ¿Has visto a esos tipos?

—Sí, no les he visto la cara, pero...

—Pero ¿qué?

—Creo que eran los mismos que asesinaron a monsieur Paul Frangois.

—Si no puedes atestiguarlo, no se lo digas a la policía.

Se volvió, miró el automóvil y preguntó:

—¿Qué harás?

—Comunicarlo a la prefectura de tráfico, ya pagará el seguro. Lo importante son las vidas, no el coche. Vamos.

Algo más de diez minutos tuvieron que esperar en la carretera haciendo auto-stop hasta que fueron recogidos y llevados a Saint Tropez. Los asesinos ignoraban que en aquella ocasión, el doble homicidio había quedado frustrado.

CAPITULO IV

Cuando madame Charcot, acompañada de Jean Maurice, entró en la amplia sala de reuniones, ésta se hallaba casi al completo.

Los allí reunidos se callaron; pudo oírse hasta el ruido de la muleta al avanzar pese a llevar un amortiguador de goma.

Madame Charcot sonreía fría y distante a aquellos hombres que trataban de mostrarse cordiales con ella, con la propietaria de uno de los mejores hoteles de la zona. Uno de aquellos hombres que se había levantado como todos los demás ante la presencia de la mujer, se acercó a ella muy amistoso.

—¿Cómo te va, mon chérie?

Jean Maurice se fijó en aquel hombre fornido, de escaso cabello pero bien peinado, un hombre que llevaba los dos dientes superiores de oro.

—Mal, muy mal, Eddie.

Prosiguió su avance hasta un lugar donde había dos butacas vacías y presentando al joven que la acompañaba, dijo:

—Es Jean Maurice, un amigo.

Nadie pareció caer en que Jean Maurice Cézanne era el reportero de los grandes escándalos y tampoco nadie hizo ningún comentario especial porque supusieron que podía ser el sucesor del asesinado Paul Frangois.

Madame Charcot, perdido su amante, buscaría a otro para ocupar su lugar, un hombre joven, elegante y atractivo que, además, pudieran hacerse cargo de la dirección del Cinq Etoiles. Todos los allí reunidos eran hoteleros.

—Bien, ya estamos todos —dijo madame Charcot, como si abriera la sesión. En su tono de voz no había desaliento sino desafío.

Eddie Lambris dijo entonces, dirigiéndose no sólo a madame Charcot sino a todos los presentes, propietarios de los mejores hoteles de la jurisdicción de Saint Tropez:

—Gervais, al que apodábamos el Suizo, ha sido asesinado. ¿Lo sabías?

—No.

Eddie prosiguió:

—Ha sido en Marsella, acababa de llegar de Ginebra en avión, lo acribillaron en el interior de un taxi. El comisario Gaugie está furioso, cree que uno de nosotros o todos juntos nos hemos tomado la justicia por nuestra mano.

Honoré, uno de los empresarios hoteleros, bajo y grueso, excesivamente obeso con pómulos flácidos y colgantes y más cara de perro que de ser humano, replicó con su voz cascada por un excesivo

consumo de Pernod:

—El comisario Gaugie puede decir lo que quiera. Si acusa a alguien, habrá de traer pruebas.

—¿Tú sabías que el «Suizo» había sido muerto a tiros?

Honoré se rió con su voz cascada y después dijo:

—Es posible que alguien haya decidido gastar unos francos para pagar a un asesino a sueldo. El «Suizo» nos quería extorsionar a todos, ¿no? Pues si ha desaparecido, ha sido un beneficio para nosotros.

—No podemos matar a nadie —le objetó Eddie Lambris —para eso está la ley y la justicia.

—¿La ley, la justicia, el comisario Gaugie...? ¿Qué han hecho ellos? Asesinaron a Paul Frangois porque en la primera reunión que tuvimos aquí, convocada pódese bastardo de «Suizo», Paul Frangois se atrevió a decir que su hotel no pagaría la supuesta cuota de asociación contra la marea negra. Se lo cargaron para meternos el miedo dentro, el miedo en los cojones. —Miró a madame Charcot y pidió—: Disculpa por mi franqueza.

—Por mí no te preocupes, Honoré, puedes seguir. Después de todo Paul Frangois, como representante mío, dijo lo que yo estaba dispuesta a hacer. No iba a permitir que me extorsionaran.

—A esos tipos había que demostrarles que estábamos dispuestos a defendernos —dijo, casi congestionándose, cerrando sus puños grandes y redondos, embotados, podría decirse—. Si ellos tienen matones, nosotros podemos pagar sicarios. No hay más dominado que el que se deja dominar. Si ellos matan, había que devolverles el golpe donde pudiera dolerles. El «Suizo» se creía invulnerable, creía que le teníamos miedo, que somos unos acojonados, pero se equivocan, vaya si se equivocan

Eddie Lambris le preguntó directamente:

—¿Has pagado tú a ese sicario que se ha cargado al «Suizo»?

La furia que acababa de mostrar Honoré se disipó como por ensalmo y soltó una de sus acostumbradas carcajadas de voz rota.

—No he dicho ni que sí ni que no, sólo he dicho que si alguno de nosotros ha pagado al sicario, es dinero bien gastado, aunque mi opinión es que deberíamos poner una caja en mitad de la mesa y cerrar la luz después; volvería a abrir a! cabo de unos minutos y que aparezca llena de dinero para que así hayamos contribuido todos a la muerte del «Suizo».

Antes de que nadie dijera nada a tal propuesta, madame Charcot se apresuró a dar su opinión:

—Estoy de acuerdo, yo pondré mi parte.

—Cuidado, mon chérie —le observó Eddie—, podemos ser encausados por una acción semejante. Nosotros no somos hampones, somos hoteleros y tenemos mucho que perder.

—Tú, no, Eddie —objetó otro de los empresarios—. Tu hotel hace aguas y se comenta que tienes dos hipotecas.

—A mí me interesa que la playa de Saint Tropez y sus alrededores esté limpia, tanto como a los demás. Si se vaciara petróleo de algún buque cisterna en este sector yuviéramos marea negra, sería una noticia que correría por todo el mundo y los únicos que vendrían por acá serían los ecologistas para lanzar sus peroratas y desplumar a los pájaros petroleados, nadie más. El turismo emigraría a otra parte. España está muy cerca, sus precios son más bajos, sus hoteles nuevos y cada día tiene más auge. ¿Cuánto perderíamos sólo en una temporada? Cientos de millones. ¿Y podríamos soportarlo? Sí, ya sé que el gobierno en París declararía esta zona como catastrófica y nos concederían créditos, pero los créditos se han de devolver aunque sea a largo plazo. Sería nuestra ruina.

Madame Charcot opinó:

—Hablas como si nos pidieras que pagásemos esa cuota de extorsión.

—Lo que yo digo es que hay que tomar precauciones, matar al «Suizo» ha sido provocar a esos gángsters.

Otro del grupo comentó:

—El «Suizo» se presentó aquí diciendo que era abogado representante de una agencia de seguros internacional y que debíamos protegernos contra la marea negra, que hay otros lugares turísticos que ya están protegidos y que debíamos de fundar nuestra asociación contra la marea negra. Que nos extenderían una póliza de seguros y que cada uno de nosotros debería pagar su primera cuota de cinco millones, lo que obviamente es un robo escandaloso.ˆ

Todos aprobaron la' definición de robo escandaloso y el hotelero prosiguió:

—Si esa agencia es internacional, ¿quién podía defendernos? Además, estaba la amenaza. Si todos pagábamos, quedábamos a cubierto de contaminación por vertidos de petróleo en Saint Tropez, pero si uno, dos o tres de nosotros se negaba, tendría una respuesta desagradable, eso lo dejó bien claro. Y si éramos todos los que nos oponíamos, la respuesta sería idéntica para todos: marea negra en Saint Tropez, lo que nos hundiría y no sólo a nosotros sino a todos los pequeños hoteleros, restaurantes, pensiones y demás servicios. Sería catastrófico y no es una idea tan descabellada. Un barco con los depósitos llenos de petróleo crudo puede acercarse por la noche a nuestra costa, vaciar sus tanques y desaparecer.

—La Marina podría perseguirlos —objetó uno de los presentes.

—No es tan fácil —replicó Honoré—. Un buen barco, de vacío, puede recorrer muchas millas durante la noche, cerca está España y también Italia. Lo mejor era cortar de raíz, ojo por ojo, diente por

diente.

—Mi amigo Jean Maurice y la camarera que estaba junto con Paul Frangois cuando lo asesinaron, han sido atacados; estuvieron a punto de perder la vida en la carretera de Cannes. Sospechamos que son los mismos que asesinaron a Paul Frangois.

De nuevo se produjeron murmullos.

—No sabíamos eso, mon chérie. ¿Cuándo ocurrió? —se interesó Eddie.

—Hace dos noches. El comisario Gaugie ya se ha enterado. La compañía de seguros deberá pagar un Citroën CX Prestige que era de mi amigo y que la grúa sacó de entre los peñascos, apto sólo para chatarra. Si él no murió, fue porque es muy fuerte, ágil y listo.

—Por favor, madame Charcot, va a conseguir que me ruborice —objetó Jean Maurice mientras sacaba un cigarrillo de un paquete.

—Colegas —interpeló madame Charcot — ¿qué hacemos? ¿Nos dejamos extorsionar o esperamos a que se presente el sucesor del «Suizo» para dejarnos extorsionar?

Todos se miraron entre sí. Jean Maurice, tras soltar una bocanada de humo, expuso:

—Los hampones que quieren extorsionarles, si tratasen de asaltar un Banco, jamás conseguirían un botín tan succulento como el que ustedes juntos les darían sólo en el primer pago de la supuesta póliza anti-marea negra. Cuando les vieran amedrentados, volverían a pedir más. Hasta ahora había oído hablar de raquet en pequeña escala, pero lo que tendrían que pagar ustedes es una cantidad tan elevada en millones que mejor sería que lo meditaran mucho antes de tomar una decisión. ¿Están seguros de que esos hampones son tan fuertes como dicen?

—¿Y lo pregunta usted, cuando han estado a punto de romperlo a pedazos contra un acantilado? —dijo Eddie Lambris moviendo sus dientes de oro que en ocasiones y según como les daba la luz, centelleaban.

—¿Quién de ustedes cree que no va a morir? —Se produjo un silencio casi palpable ante aquella pregunta inesperada. Jean Maurice prosiguió —: Todos vamos a morir, seguro.

—Pero no sabemos cuándo —se apresuró a decir uno de los presentes, con una voz extraordinariamente fina.

—Es cierto. Lo único que pueden hacer unos asesinos es acortar el tiempo, nada más. Por mucho que paguen, por mucho pánico que tengan a la muerte, no la van a evitar, nadie la ha esquivado jamás. Perdiéndole el miedo a la muerte, les perderemos también el miedo a los que quieren acogotarnos.

Honoré aplaudió sonoramente.

—Si vives tal como hablas, muchacho, es que tienes unos cojones

como un toro. —Volvió a mirar a madame Charcot—. Disculpa que hable así a tu amigo.

—No te preocupes, puedes hablar como te venga en gana, no soy de las que se asustan por unos cojones más o menos.

Hubo risas y aplausos generales. Se había roto la tensión y Honoré expresó su opinión:

—Yo no pienso pagar aunque se presente aquí otro tío diciendo que es abogado y que representa a una compañía de seguros internacional, o sea, la mafia del raquet por la marea negra.

—Si vuelven a enviar a otro emisario, tomarán más precauciones —opinó el de la voz fina—. Ya se han cargado al primero y el que le suceda no querrá seguirle en el camino de la Morgue.

—Mi decisión es la misma que tomó Paul Frangois. Su muerte no será estéril para mí y ya sé que todos pensáis que Paul Frangois era un granuja, un oportunista, un vividor, pero a mí me iba bien con él, creo que no es un secreto para nadie.

Nadie osó hacer el más mínimo comentario. Todos conocían a madame Charcot y sabían de su frialdad, de su dureza, de la rapidez de su lengua que cortaba como un bisturí.

Por otra parte, era la única mujer en aquel grupo de hombres y, por si fuera poco, ostensiblemente coja y sin complejos aparentes. Meterse con ella era exponerse a la repulsa general porque, después de todo, madame Charcot gozaba del aprecio de sus colegas.

Era una buena empresaria que había prestigiado la calidad en Saint Tropez y había puesto una dura barrera en su establecimiento para que el turismo no fuera barato, pero, lamentablemente para ella, había tenido que caer en las garras de un *tour operator* que le había atiborrado el hotel de una clase turística a la que ella despreciaba.

Era como si hubiera enfermado y estuviera tomando aceite de ricino sin parar. No lograría amoldarse al gusto del medicamento con el que trataba de salvar su hotel y no quería terminar en la situación difícil en que estaba Eddie Lambris que había comenzado brillantemente, construyendo un buen hotel en Saint Tropez, y que ahora el porvenir era oscuro, muy oscuro para él.

El sujeto de la voz aflautada expuso:

—Por mi parte, esperaré a ver qué sucede ahora después de la muerte del «Suizo».

La postura adoptada por aquel hombre fue la más aceptada por el resto.

—Mejor que tomemos esta decisión. Yo habría tenido que pedir un crédito para pagar la cuota que me asignaron —suspiró Eddie Lambris.

CAPITULO V

El hotelero Honoré, pese a sus años, a su aspecto ventrudo y en especial a sus adiposidades, era un sujeto vital que vivía la vida quemándola con toda rapidez.

Le gustaba comer, beber, hacer lo que se llama divertirse y en especial, rodearse de mujeres jóvenes, ágiles y hermosas, lo que no le costaba demasiado gracias a sus francos porque no podía decirse que su figura o su rostro tuvieran atractivo alguno.

Mantenía una o dos habitaciones en su lujoso hotel para las amiguitas de turno, amiguitas que estaban allí con todos los gastos pagados, regalitos incluidos y billetes cuando Honoré creía que se habían portado muy bien con él y que se lo merecían.

Honoré no era imbécil y sabía que la mejor forma de retenerlas era dejarlas libres. Si se acostaban con otros veraneantes de la Costa Azul, era cosa de ellas y a él no le importaba mientras las tuviera a mano cuando las deseara.

Ellas sabían agradecer esta libertad porque así obtenían más regalos, más favores, más dinero y la oportunidad de conocer a gente importante del cine, la fotografía, las revistas y de la publicidad, lo que solía proporcionarles trabajos extras.

Si alguna se pasaba de lista, el conserje se encargaba de advertirle que sus vacaciones habían terminado y que si deseaba continuar en el hotel debería ser en otra suite y pagando.

No había discusiones, Honoré no las deseaba e, incluso, se permitía el lujo de proporcionar compañía femenina, calor de cama, a los amigos que convenía y gratis para ellos, ya que los gastos corrían de su cuenta, por lo que las chicas no podían negarse. Su trabajo era el de furcias finas, aunque viéndolas pasear por Marsella, Saint Tropez, Cannes o Niza, semejaban burguesitas que marcaban distancia ante cualquier posible provocación.

—¡Vamos, niñas!

Honoré hizo subir a las tres muchachas que vestían tanga y camisola que protegía sus bustos. Las tres llevaban gafas y pamelas para protegerse del sol.

Reían, hablaban, portaban cassettes y radios que dejaban escapar músicas distintas que se mezclaban entre sí.

Honoré había planeado dar una vuelta con su pequeño yate de ocho metros de eslora, con un mástil para izar vela en caso de emergencia o simplemente ahorrar combustible y navegar empujados y mecidos por el viento y el mar. Mas, el yate no era un velero deportivo, sino una embarcación construida expresamente para llevar un buen motor de quinientos caballos.

—Peter, ¿está todo listo? —preguntó Honoré al marinero que cuidaba el yate y le ayudaba a pilotarlo.

Honoré poseía el título de patrón de yate y le gustaba manejarlo él; no obstante, los trabajos más duros o engorrosos, como era hacerse a la mar o atracar, prefería estar asistido por su marinero Peter.

—¿Partimos, monsieur Honoré?

Honoré cogió la gorra marinera. Se la encasquetó y estiró su mano hacia adelante.

—¡A surcar el mar!

El motor runrunó y las cuerdas de amarre fueron soltadas. El yate era ligero y surcaba las aguas con facilidad.

Las tres muchachas sabían dónde estaba el frigorífico de a bordo y fueron a buscar bebidas mientras se ponían cómodas y el yate se alejaba, aunque sabían que sólo sería un paseo de unas horas.

A Honoré no le gustaba alejarse mucho de la costa, pero tenía una manía que era la de hacer el amor en una amplia plancha neumática especial que poseía. Así, ya encontraba los movimientos adecuados en las propias aguas.

Lo que no sabía ninguna de las tres chicas era cuál sería la elegida para el juego. A ninguna le atraía Honoré, pero la escogida siempre recibiría su compensación y las tres eran mujeres de pocos remilgos y muchos deseos de vivir lo mejor posible y con el mínimo de esfuerzo y si ese esfuerzo era entregar sus cuerpos durante sólo unos minutos, mejor.

Honoré parecía alegre. Le gustaba la situación de tener tres bellas mujeres a su alcance y poder elegir entre ellas. No se engañaba, sabía que lo que ellas hicieran sería por interés y nada más, pero era un tipo práctico y no se frustraba por falta de amor espiritual.

El yate se detuvo en alta mar. Sin echar el ancla, Peter colocó la amplia escalera construida especialmente para que monsieur Honoré pudiera descender su gorda humanidad hasta las aguas, sin demasiadas complicaciones.

Al pie de la escalerilla, sujeta por dos cuerdas, colocaron la amplia plancha colchoneta neumática también especial para que no cayera al agua el propietario del yate.

—¡Chicas, hay que divertirse! —les gritó.

Las tres se quitaron las camisolas, las gafas y las pamelas y riendo, haciendo bambolear sus pechos desnudos, se lanzaron al agua y nadaron en torno a la plancha neumática de lona recauchutada, mientras aquella especie de rajá occidental descendía con cuidado hacia la cancha del juego sexual en la que estaba seguro iba a ganar la partida marcando sus goles con profundidad.

—Eh, Peter, tú métete abajo y bébete una botella, pero no te marees demasiado, que luego hay que regresar.

—Sí, monsieur Honoré —aceptó el marinero desapareciendo de cubierta para no romper la intimidad de quien le pagaba un suculento salario.

Resultaba grotesco el caminar de Honoré sobre la amplia y ovalada plancha neumática. Vestido y abriendo su billetera, tenía cierto aspecto que se imponía, pero allí, rodeado por las tres sirenas que nadaban y le echaban agua, salpicándole, provocándole, insultándole incluso porque sabían que a él le gustaba oír palabras gruesas, se veía ridículo, mas aquélla era una de sus diversiones y deseaba disfrutarla.

Gateó por encima de la plancha y consiguió atrapar a una de las chicas por los pelos.

—Ya te tengo, ya te tengo. ¡Arriba, arriba, coño, arriba!

Mientras, Peter subía el tono de la radio que tenía al alcance de su mano para no oírles. Se excitaba demasiado, podía llegar a soñar que él estaba en el puesto de monsieur Honoré y lo malo es que no tenía sus billetes para ser el eje erótico de aquellas tres mujeres altas y elásticas, bien formadas, sonrientes, juguetonas y desvergonzadas.

Mientras bebía una copa, Peter no se percató de que se abría la trampilla que daba acceso a la bodega donde se hallaba el motor.

Una mano enguantada asomó entre las tablas de madera y luego fue apareciendo un hombre vestido con traje de neopreno y bombonas de aire comprimido para respiración autónoma bajo el agua.

El rostro estaba cubierto por gafas de bucear e incluso su boca deformada por la boquilla que le proporcionaba aire.

Aquel intruso llevaba un fusil submarino y también una pistola provista de silenciador. Cuando el marinero se percató de su presencia, ya era tarde.

El gatillo de la pistola fue jalado por dos veces y un orificio nació entre sus ojos y otro a la altura del corazón. La sangre comenzó a manar con rapidez.

El cuerpo del infortunado Peter se escurrió de la butaca hasta el suelo siguiendo el vaivén del yate que se movía según lo empujaran las corrientes marinas, sin preocupación alguna porque se hallaban muy lejos de la costa.

El asesino del traje de buceador con escafandra autónoma, subió a cubierta. Se acercó a la baranda y vio la plancha neumática. Una de las chicas estaba tendida en un borde, como tomando el sol. Otra nadaba y la tercera, apenas se veía bajo la humanidad agitada de monsieur Honoré.

—¡Honoré!

Honoré se detuvo y alzó la cabeza con el rostro congestionado. Al ver al hombre vestido de negro con el traje de neopreno, quedó perplejo,

—¿Quién eres?

El asesino ya le había apuntado con el fusil de pesca submarina y disparó la flecha arpón.

Las chicas comenzaron a chillar, aterrorizadas, mientras Honoré cogía la flecha de acero y trataba de arrancársela sin conseguirlo, abriendo la boca como un pez que se asfixia. Pero, el arpón se había clavado hondo y no iba a desprenderse.

Las chicas se lanzaron a! agua. El asesino cambió el fusil por la pistola e hizo tres disparos contra la gran plancha neumática de lona cauchutada que quedó perforada y comenzó a perder aire. Las mujeres se alejaron, temiendo ser las siguientes víctimas de aquel asesino surgido de improviso cuando tan seguras se creían en medio del mar.

Aquella plancha flotante fue perdiendo aire y el cuerpo de monsieur Honoré se removió sobre ella en medio de fuertes dolores.

De cuando en cuando, rugía como una bestia herida, mas no conseguía articular ninguna palabra inteligible.

El buceador descendió por las escaleras y cortó las cuerdas dejando que la plancha neumática, ya perforada, se fuera hundiendo con el cuerpo de monsieur Honoré que agonizaba sin dar crédito aún a lo que le había sucedido, mientras las tres furcias selectas y jóvenes se mantenían a distancia temiendo que les disparasen.

El asesino puso en marcha el motor del yate y éste comenzó a alejarse.

Las chicas gritaron desesperadas, viendo que se quedaban solas en medio del mar, sin siquiera ver la tierra. Sólo podían orientarse por el sol y era poco menos que imposible que pudieran regresar nadando.

El cuerpo obeso de Honoré comenzó a hundirse. La lona cauchutada, ya sin aire, se hundía lentamente y ellas no sabían adonde agarrarse mientras el yate se alejaba más y más.

El asesino buscó la costa.

Cuando estuvo suficientemente cerca para verla, bajó a la sala del motor y colocó una carga de plástico contra la pared del casco. Ajustó el detonador, salió al exterior y se lanzó a! agua.

Comenzó a nadar hacia la costa y, poco después, escuchó un rumor sordo. Se volvió hacia el yate y lo vio balancearse. Luego, se hundió en un lugar donde las aguas eran profundas.

Aquel asesino que nadaba hacia la costa despreció la agonía de las tres mujeres perdidas en el mar sin flotadores, nadando en torno al cadáver del hombre que las había estado pagando.

CAPITULO VI

El comisario Gaugie observaba entre molesto y ensimismado la piscina del Hotel Bleuté.

—Hola, comisario, ¿quería hablar conmigo?

El comisario era un sujeto de estatura media, bien conservado. Vestía una chaqueta de color, claro y lucía un bigote muy latino. Se volvió y miró al hombre joven, más alto que él y atlético que había llegado junto al borde de la piscina.

—¿Cézanne, igual que el pintor?

—Así es, mi apellido es el mismo del pintor; pero, que yo sepa, no tengo nada que ver con él.

—Bien, bien. ¿Qué le parece esto?

Y señaló la piscina sobre cuyas aguas había por lo menos tres dedos de petróleo crudo.

—Contaminación por oro negro, marea negra como dirían los ecologistas. Un desastre, y menos mal que éste puede succionarse con bombas y evitar que vaya al mar, contaminándolo. Si se estropean las aguas de Saint Tropez, será un desastre.

—Sí, un desastre, eso me han dicho desde París. —Buscó las pupilas azules de Jean Maurice Cézanne y le preguntó—: No habrá escrito una sola línea sobre marea negra en Saint Tropez, ¿verdad?

—No, todavía no he hecho mi reportaje.

—¿Y cuál va a ser su reportaje?

—No lo sé. En esto soy como un perro, huelo un pastel y quiero ver dónde está. Cuando lo descubra, lo fotografiaré.

—Le voy á ser franco. Le hablé a mis superiores de París que usted estaba aquí y metido en este desagradable asunto.

—¿Tanta importancia tengo?

—Me han recomendado que no le deje suelto, que este asunto puede ponerse feo, muy feo. Nadie quiere que se desprestigie la Riviera, aquí se gastan muchos " francos y vienen muchas divisas internacionales, de modo que sería muy desagradable que usted escribiera algo feo sobre Saint Tropez.

—No pretenderá que vaya en busca de Brigitte Bardot para hacerle una entrevista sobre la .defensa de las pobrecitas focas...

—¿Por qué no? De paso le hace unas fotografías a nuestra B.B. y seguro que vende bien su reportaje.

—Lo siento, yo no hago esa clase de trabajos.

—Usted hace reportajes de escándalo,

—Lo malo no es hacer el reportaje sobre el escándalo, comisario Gaugie, sino hacer el escándalo o mejor dicho, el crimen. Por cierto, ¿ya han averiguado cómo ha venido a parar dentro de esta piscina el

petróleo crudo?

—Pues, mis hombres lo están intentando. Es de suponer que un camión cisterna se detuvo cerca de aquí y mediante una manguera han vaciado su contenido dentro de la piscina.

—¿Hay huellas de neumáticos?

—No, no hay huellas y todo esto es muy raro. Los empleados del hotel debían haberse dado cuenta de la proximidad de un camión cisterna; sin embargo, nadie parece haber visto nada.

—¿Y monsieur Honoré?

—No se sabe nada de él y se le está buscando con el servicio de guardacostas. Sólo sabemos que salió a alta mar con su yate, un marinero y tres muchachas.

—¿Y no ha aparecido nadie?

—No. Todos los puertos están sobreaviso y un helicóptero sobrevuela la costa. No es fácil descubrir un yate en alta mar sin saber qué dirección ha tomado.

—Es cierto, puede haber puesto rumbo a Mallorca.

—Hemos dado aviso a las autoridades españolas e italianas por si aparece; no obstante, tengo un desagradable presentimiento.

—Me temo que no es usted solo. Si monsieur Honoré ha desaparecido y la piscina de su hotel aparece llena de petróleo sucio, puede pensarse que es una marca. Demasiado paralelismo con el crimen del director del Cinq Etoiles, monsieur Paul Frangois.

—Sí, demasiado paralelismo, pero el cadáver de él estaba en la piscina y aquí no hay nadie.

—Quizá no era oportuno dejar el cadáver dentro de la piscina.

—Es usted muy sarcástico.

—Comisario Gaugie, usted me ha mandado llamar y a mí no me ha disgustado, el asunto me interesa. Los crímenes se encadenan y esto tiene aspecto de ser obra de una mafia.

—¿Marsellesa, quizá?

—Lo ignoro.

—Algo sabrá cuando acudió a la reunión de hoteleros. Por cierto, ¿ha ocupado el puesto del asesinado monsieur Paul Frangois?

—No.

—Como se le ha visto con madame Charcot...

—Soy un amigo. Ella desea que su hotel vuelva a promocionarse.

—¿Es usted un reportero que se vende?

—Hasta ahora no lo he sido, pero no pongo las manos en el fuego en el futuro ni por mí mismo. El mundo da muchas vueltas, comisario.

—Quizá crea yo más en usted mismo. Sé que usted no se vendería por promocionar un hotel. He leído muchos de sus reportajes y tengo que admitir que, aparte de provocativos, son buenos. Investiga usted como lo haría un policía que no está presionado por sus superiores.

—¿Está usted presionado por sus superiores?

—Todo el que tiene un superior, de una forma u otra, está presionado por él.

—Una buena evasiva.

—Bien, Jean Maurice, dígame todo lo que sabe o tendré que ponerlo a la sombra.

—¿Bajo qué cargos?

—No sé aún, ocultación de datos a la justicia o interferencia con la ley, ya hablaré con el juez.

—Pues hable —le desafió Jean Maurice.

El comisario Gaugie supo encajar aquella réplica y preguntó:

—¿Quiere decir que no sabe nada?

—Sólo sé que acompañando a Ariadne, la camarera del Cinq Etoiles, estuvieron a punto de matarnos.

—Eso también yo lo sé, pero ¿y esa reunión de los hoteleros, qué me dice de ella?

—Bueno, si acepta oír una confidencia no oficial y que no pienso repetir ante ningún tribunal...

—Le escucho, Jean Maurice.

—Es muy posible que el hombre que llegó de Ginebra y que fue tiroteado dentro de un taxi en Marsella, lo asesinara un sicario. Ese sicario pudo pagarlo monsieur Honoré, insisto, «pudo pagarlo», no que lo pagó, porque no tengo pruebas.

—¿Lo dijo él?

—No dijo que fuera él quien pagó al sicario que eliminó al hombre apodado el «Suizo», pero de la forma en que habló, bien pudo ser él.

—¿Y los demás?

—No, no creo.

—De modo que usted opina que esto ha sido una revancha, un ajuste de cuentas entre hampones.

—No sé si cabría calificar a monsieur Honoré de hampón, lo que sí creo es que el desaparecido pudo pagar a un sicario para librarse del «Suizo».

—Sé que los hoteleros están siendo objeto de extorsión, pero ninguno de ellos ha querido denunciar el hecho. Estamos investigando los crímenes, pero si hablaran sobre la extorsión de que son objeto, quizá podríamos adelantar más el trabajo.

—Si cree que yo sé mucho más, se equivoca, comisario. Sé que les piden que funden una asociación anti-marea negra y que la cuota es muy elevada, eso es todo.

—¿Y van a pagar a los raqueteros?

—No querían pagar, pero después de lo que ha sucedido en esta piscina y si luego aparece el cadáver de monsieur Honoré, no sé qué decirle, es posible que cojan miedo. La extorsión y el raquet es una

plaga muy extendida en todo el mundo. Cuando se tiene mucho que perder, se coge miedo y se termina pagando a excepción de lo que hacen hombres como el propietario de este hotel que, por el momento, no aparece.

—Si se confiara más en la ley, no habría tantos raqueteros.

—Estoy de acuerdo con usted, comisario, pero en ocasiones antes de reprochar nada a nadie deberíamos encontrarnos en su piel para saber cómo reaccionaríamos. Lo que sí parece es que las amenazas no son simples palabras. Estos raqueteros no son vulgares hampones, lo hacen al sistema ejecutivo moderno. Montan una empresa fantasma que les sirve de tapadera porque si los hoteleros quieren hacerse una póliza anti-marea negra, ¿quién puede prohibirlo, dónde está el delito?

—No será un delito fundar una aseguradora contra la marea negra, pero sí es un delito coaccionar y extorsionar.

—Naturalmente, pero eso es más difícil de demostrar y, al parecer, ni el cerebro ni los asesinos se han dejado ver.

—Lo que sí está claro es que hay unos asesinos y quien los identifique debe denunciarlos.

—Palabra que si los descubro le llamaré a usted, comisario Gaugie.

—Eso espero y es lo que en realidad quería pedirle. No me gustan los reporteros que se entrometen, pero puede que usted no me haga una mala pasada publicando críticas contra la policía local.

—No es mi intención criticar su labor, comisario, pero reconozco que una marea negra dentro de una piscina de Saint Tropez, si se trabaja bien, puede ser un buen reportaje, claro que el reportaje no podrá completarse hasta que los asesinos estén en sus manos.

—Espero que usted lo vea, Jean Maurice. Si han tratado de matarle, habrá sido por alguna causa, salvo que quisieran eliminar a la muchacha que vio a los encapuchados.

—Si hubieran querido matarla, ya podrían haberlo hecho cuando la tenían narcotizada.

Un agente de paisano se acercó al comisario y le habló discretamente. Este asintió y después se volvió hacia Jean Maurice.

—Ha aparecido una de las chicas que acompañaban a monsieur Honoré.

—¿Sí?

—A cien millas de la costa, flotando en las aguas, ahogada. Por supuesto, van a seguir rastreando la zona. De lo que no cabe duda es de que monsieur Honoré no se ha ido a Mallorca.

CAPITULO VII

Jean Maurice Cézanne conducía el automóvil amplio y lujoso que madame Charcot había puesto a su disposición.

Consultó la hora en su reloj; quería recoger a Ariadne cuando terminara su jornada de trabajo.

Podía haberle pedido a madame Charcot que la liberara de su tarea, pero había preferido no hacerlo. Madame Charcot era una mujer muy especial. Ella esperaba que Jean Maurice encontrase al cerebro de la organización que les amenazaba con la marea negra antes de que lo hiciera la policía, pero no deseaba que alternara con las camareras y así se lo había insinuado.

A Jean Maurice le pareció que, en el fondo, eran celos mal disimulados, por lo que las aventuras del fallecido Paul François no le habrían sido tan indiferentes como pregonara.

Había visitado varios hoteles, en especial sus piscinas y su localización frente a las playas. Deseaba ver las oportunidades que habrían de tener los asesinos de verter el contaminante petróleo en los lugares escogidos, como advertencia de lo que podían llegar a hacer si los hoteleros no pagaban las cantidades exigidas.

Cuando llegó al hotel de Eddie Lambris, se llevó una decepción.

Estaba casi vacío, el ala este y sur estaban con materiales de obra y apuntalados techos y paredes. El poco hospedaje que tenía se hallaba en el ala oeste y unas barreras advertían que no pasaran al resto de la edificación porque corrían peligro. Estacionado allí, había un camión de gran tonelaje con depósitos para cemento a granel.

Se detuvo frente a la entrada que era lo que mejor se conservaba. Se apeó del coche y entró en el hotel.

El conserje, un hombre con algunos años de más sobre sus costillas, le miró con curiosidad.

—¿Busca habitación?

—No.

—¿Entonces?

—Quiero hablar con monsieur Lambris. Por cierto, ¿qué ha sucedido aquí?

El viejo conserje suspiró.

—Mala suerte, o es que los arquitectos no hicieron bien su trabajo.

—¿Derrumbe?

—Hundimiento de cimientos y ya puede imaginarse, agrietamiento de paredes y techos. Monsieur Lambris había invertido su fortuna en este hotel; ahora, más de la mitad está inservible y si las autoridades no lo han cerrado del todo, es por mucha suerte. No obstante, estamos en pleito, los del ayuntamiento quieren declararlo en ruina total y que

se derrumbe. Como ellos no han pagado...

—Pero, el hotel es de nueva construcción.

—Sí, pero el suelo salió arenoso. Si hubieran hecho pilares de hormigón armado más profundo. En fin, ya está hecho todo. La desgracia ha perseguido a monsieur Lambris. ¿Dice que quería hablar con él?

—Sí, dígame que soy Jean Maurice Cézanne, amigo de madame Charcot.

—Un momento.

Llamó por el teléfono interior y al poco, el propio Eddie Lambris salió a recibirle con una sonrisa recelosa.

—Bien venido a mi hotel. Como habrá visto, está un poco deteriorado, la mala suerte me persigue.

—¿Cómo pudieron darle hipotecas si está tan grave?

—Me las concedieron antes de que el suelo cediera y las autoridades me sellaran la mitad del hotel. La verdad es que querían clausurarlo todo, pero mis abogados demostraron que una parte del hotel podía seguir funcionando sin riesgo para nadie. Lo cierto es que tengo pocos huéspedes a excepción de los días en que Saint Tropez se pone a tope de turistas y buscan cualquier rincón para dormir, pero eso da pocos beneficios.

—Sin embargo, creo que las autoridades siguen empeñadas en clausurarle el hotel y pedirle que lo derribe todo.

—Sí, pero yo lucharé. El derribo es caro y volver a construir sobre los cascotes, no quiero ni pensarlo y menos después de lo sucedido. Las autoridades exigirán que los cimientos se profundicen muchísimo más hasta encontrar roca sólida. Por cierto, si conoce a alguien que quiera hacerme una oferta, quizá venda. Después de todo aún está aprovechable y es posible que yo sea consecuente haciendo un precio muy bajo.

—¿Quiénes pretenden extorsionarles saben cómo tiene usted el hotel?

—No lo sé, más bien creo que no. Deben haber cogido la lista oficial de los principales hoteleros y como estoy incluido en ella desde antes de que cedieran los cimientos, pues...

—¿No han venido a verle?

—No, qué más quisiera. Yo les enseñaría cómo se encuentra el hotel y les ofrecería acciones de una nueva compañía que pienso crear para subirlo, aunque no es fácil crear esa sociedad anónima. Tengo dos hipotecas cuyos intereses, que voy pagando, son muy elevados y los bancos se muestran remisos a comprar acciones. Para ellos, esto no es rentable y se equivocan. Tengo una nueva idea, transformar el hotel en apartamentos y venderlos, lo que daría ganancias inmediatas.

—De todos modos, creo que está justificado que los bancos recelen y

no es que yo sea un fan de los bancos.

—Admito que sólo la vista del hotel, deprime. Es su mejor fachada la que ha sufrido más y la que está apuntalada. Esta parte del hotel se construyó sobre una bolsa de arena cubierta por una falsa placa de roca que cedió.

—¿Y la otra ala del hotel, la que sigue funcionando?

—Técnicos oficiales perforaron el suelo y comprobaron que la roca no era una simple placa. Por supuesto, las inspecciones las tuve que pagar yo, pero se demostró que no corría peligro, que el riesgo ya estaba superado con lo que había sucedido y ni siquiera se había venido el edificio abajo. Se había rajado tan sólo y unos tabiques se habían roto, pero las autoridades consideraron que era peligroso y que no se podía restaurar sino que debía derribarse todo, hasta los cimientos, y construir de nuevo.

—¿Y sus colegas hoteleros no quieren ayudarle comprando acciones de esa nueva sociedad anónima que quieren fundar para sacar adelante su hotel?

—Las ayudas han sido sólo morales, y no se lo reprocho, quizá yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Estoy seguro de que saldré adelante. En cierto modo, los bancos tampoco quieren que vaya a la quiebra total. En compensación de las hipotecas se quedarían con unas ruinas que sólo les rentarían el solar, no les interesa. No me extrañaría que por bajo mano hubieran presionado a los técnicos oficiales para que dejaran seguir funcionando una parte del hotel, así puedo continuar pagando los gravosos intereses; pero, debo de estar aburriéndole con mis problemas. ¿Le ha enviada madame Charcot?

—Madame Charcot quería interesarse por si había posibilidad de celebrar otra reunión.

—Sí —dijo Lambris, pensativo—. La muerte de monsieur Honoré y sus tres amiguitas ha cambiado las cosas. Esos criminales siguen pegando palos y duros, no dudan en matar. Primero, Paul François, ahora Honoré, un tipo tan vital... Ha encontrado la muerte cuando se divertía con sus chicas. Le gustaba comer y vivir, ya me entiende. Las cosas le iban bien y podía pagarse caprichos muy seleccionados.

—El yate no ha sido encontrado y tampoco el marinero que les acompañaba.

—Quién sabe en qué lugar estará hundido.

—¿Hundido?

—Sí, es lo más probable. Si han encontrado los cuatro cadáveres flotando en el agua, lo más lógico es deducir que el yate esté hundido.

—La policía y la Marina rastrean la zona. La verdad es que las corrientes marinas arrastraron los cadáveres, pero por suerte no se distanciaron unos de otros.

—Habla usted como si estuviera investigando el caso.

—Supongo que se habrá enterado de que soy reportero.

—Algo he oído. ¿Ha decidido cambiar de profesión y pasarse a la hostelería? Si le protege madame Charcot, puede estar bien. Por cierto, que madame Charcot podría ayudarme, pero no lo ha hecho, será porque no soy su tipo. Ella no da nada a cambio de nada. Paul François compensaba su soledad, su frustración, sabía llevarla y dejarla relajada. Usted parece la clase de tipo que puede sustituir a Paul François.

—¿Usted cree?—preguntó irónico Jean Maurice.

—Sí, a madame Charcot le gustan jóvenes, altos, más bien delgados, la clase de hombres que atrae la mirada de las hembras. En una ocasión, alguien comentó que era una ninfómana.

—No puedo negar ni asentir, lo que sí puedo decirle es que no me gusta que se ensucie usted la boca hablando de madame Charcot.

—Disculpe, debí imaginar que le molestaría que le dijese la verdad, precisamente a usted, su flamante gigoló.

—Debí imaginar que le molestaría que le dijese Ja verdad, precisamente a usted, su flamante gigoló.

De ordinario, Jean Maurice era un hombre frío que replicaba con ironía y sarcasmo, pero en aquel momento no pudo contenerse.

Eddie Lambris recibió dos secos puñetazos, el primero en el hígado y que en un instante le dolió más que diez horas después de vaciar una botella de whisky.

Cuando Jean Maurice hacía algo, lo hacía bien y hubo un segundo puñetazo que acertó en la boca a Eddie Lambris que quedó sentado en el suelo con los labios sangrantes.

—Antes de insultar a alguien, piénselo dos veces.

Eddie Lambris se llevó la mano a la boca. Al retirarla, habla sangre y dos dientes de oro que Jean Maurice pudo ver bien. No obstante, Lambris pudo mover su boca y hablar, escapándosele el aire por los agujeros que habían dejado los incisivos.

—¡Hijo puta!

—Es usted muy terco, que le vaya bien con el dentista.

Le dio la espalda y se alejó hacia su coche. Subió a él y miró el hotel, medio en ruinas pese a haber pretendido ser uno de los mejores hoteles de la Riviera francesa.

CAPITULO VIII

El club nocturno «Les amants» en Marsella no era un local nocturno de prestigio, pero sí muy frecuentado.

El club venía funcionando desde antes de la primera guerra mundial y no podía decirse que a lo largo de los años se hubiera renovado demasiado.

El local ofrecía un strip-tease continuo que era una especie de exhibición corporal sexual y de movimientos de cuanto podían ofrecer las mujeres que de una forma estrecha estaban ligadas al club, mujeres que entre número y número tenían que satisfacer las apetencias de los dientes.

En realidad, no eran bailarinas de strip-tease sino prostitutas que mostraban la mercancía con cierta gracia entre la clientela que resultaba muy bulliciosa.

En las paredes del local había grandes espejos enmarcados por recargadas tallas de madera. A través de uno de ellos, un hombre de cabellos blancos, muy peinados, observaba la sala del club sin ser visto.

A Chateau, la chica que más le gustaba, era una danzarina mezcla de senegalesa y argelina. Era una muchacha de largas piernas y un cuerpo estilizado, pero con unos pechos salientes y bien formados.

Su piel era café con leche y la cabellera, muy larga, espesa y negra.

Aquella mujer de grandes y vivaces ojos tenía mucho de felina, su elasticidad no era nada común.

En aquel momento, ondulaba en el escenario al ritmo de unos bongos y conseguía arrancar gritos casi salvajes de las gargantas masculinas, enronquecidas por el alcohol y el viento de los mares, ya que muchos de los asistentes eran marinos.

Chateau, el propietario del club «Les amants», contempló la danza de la joven y pudo observar también el deseo de los clientes.

Dos fornidos africanos protegieron a la joven cuando terminó su número y no permitieron que nadie se le acercara. Ella, colocándose una bata por encima, se retiró por una puerta. Subió por una escalera hasta llegar al piso superior. Se detuvo frente a una puerta y llamó.

Chateau bajó una persiana que representaba un cuadro, ocultando su disimulada ventana. Se acercó a la puerta y la abrió.

—Pasa.

La joven mestiza entró en la estancia. Miró en torno suyo pero no dijo nada.

—Eres muy hermosa.

—Gracias, monsieur —aceptó ella. Le gustaba ser la favorita y 110 caer en las manos de múltiples hombres hambrientos de sexo que

inmediatamente se abalanzarían sobre ella.

—Lamento no ser más joven —dijo Chateau mientras le abría la bata.

Ella le dejó hacer. Las manos de aquel hombre, ya mayor, recorrieron su cuerpo. La chica le ayudó ondulando sensualmente.

—¿Por qué no prueba, monsieur? A lo mejor, yo consigo lo que no han logrado otras.

—Sería un milagro.

Ella se despojó de la bata y quedó tan desnuda como al terminar su número en el escenario. Se arqueó hacia atrás y movió su vientre con la perfección de su naturaleza árabe.

Sus muslos largos, tersos, elásticos, permanecían firmes mientras el vello pubiano se movía como si poseyera vida propia.

El viejo hampón del barrio portuario se adelantó y con sus manos siguió acariciándola.

—Siga, monsieur, siga, soy suya, sólo suya —le decía ella con voz cálida y no exenta de matices musicales, sólo propios en una garganta negra.

Volvieron a llamar a la puerta y monsieur Chateau torció el gesto.

—¿Quién es?

—Roldán y Louis —dijo una voz ronca.

Monsieur Chateau dio una palmada sobre uno de los muslos de la joven y le pidió:

—Ve a esta habitación y espera allá. —Le entregó una llave.

—¿No salgo a actuar de nuevo?

—Esta noche, sólo para mí. Quizá se produzca el milagro. Ve pensando en algo especial para mí, si consigo gozar te sabré recompensar.

Ella se puso la bata, cerrando su mano alrededor de la llave.

Chateau abrió la puerta y los que aguardaban al otro lado de la misma, dejaron pasar a la chica.

Roldán y Louis eran dos elementos de cuidado dentro de los barrios portuarios de Marsella.

—¿Qué buscáis? —preguntó Chateau.

Los dos sujetos cerraron la puerta y se acercaron a la mesa. El llamado Roldán, más bajo y ancho de hombros, levantó el falso cuadro y miró hacia el club.

—Esto sigue funcionando, Chateau.

—Porque los precios son asequibles.

—Y porque corre la droga fácil —añadió Louis que se había quedado de pie, fumando un cigarrillo.

—Bien, ya sabéis cómo funciona todo esto. Yo pago mis cuotas y distribuyo la mercancía que se me entrega. No soy un pez grande ni trato de serlo, por eso llegaré a muy viejo.

—Louis y yo hemos estado hablando.

—¿Y? —preguntó Chateau.

—Queremos dinero.

—Sois impacientes —rezongó el viejo v ladino Chateau.

Louis expulsó una bocanada de humo hacia el techo.

—Queremos una parte por lo menos —dijo.

—Estamos trabajando y no cobramos nada —añadió Roldán.

—Yo tampoco he cobrado y todos estamos metidos en el mismo pastel. Hay que saber esperar y al final seremos ricos, claro que entonces será mejor largarnos de aquí para ir a vivir a otra parte del planeta, pero os aseguro que será el negocio más rentable de nuestras vidas.

—Ya está bien de chorradas, Chateau —gruñó de nuevo Roldán—. Nosotros no sabemos si el «Cerebro» ha cobrado o no, no podemos saberlo. Lo único que sabemos es que a Gervais se lo cargaron cuando llegó de Ginebra.

—Sabemos que lo mató un sicario, estamos tratando de averiguar quién fue. De todos modos, el que pagó ya ha muerto.

—Esta vez, el «Cerebro» ha pegado muy duro —opinó Louis—. Cuatro cadáveres y un desaparecido, tres, eran chicas. Eso ha salpicado los periódicos.

—Nadie relacionará esas muertes con nosotros —les aseguró Chateau, tratando de ser convincente.

Roldán puntualizó:

—Nosotros meamos el petróleo en la piscina del Hotel Bleuté y el propietario es el muerto y las tres chicas, sus fulanas, de modo que si atrapan al asesino, somos sus cómplices.

—¿Cagados a estas alturas? —gruñó Chateau.

Roldán estiró sus manazas y cogió al viejo por las solapas de su chaqueta blanca.

—Aquí el único que huele mal eres tú...

—¡Suéltame, Roldán! —exigió Chateau.

Roldán gruñó algo ininteligible y le soltó.

—Ya no viene de un muerto —continuó el viejo—. Cuando se ha enviado el primer fiambre a la Morgue, no viene de cinco ni de diez.

—Para ir a la guillotina, no —admitió Louis —pero para que te busque la bofia con más saña, sí.

—Nadie nos va a relacionar con las muertes —les tranquilizó Chateau.

Roldán masculló:

—Si capturan al «Cerebro», puede que hable.

—Nosotros no le conocemos. Siempre que hemos actuado con él, llevaba pasamontañas o careta de látex. Es un tío listo que no quiere que se le reconozca.

—Lo malo es que él sí nos conoce a nosotros —le objetó Louis.

—Si soltara la lengua, le costaría muy caro y no parece idiota. Sabe que tenemos amigos hasta dentro de la cárcel y pagando una cantidad adecuada, le pueden dar una cuchillada de modo que tenga una muerte lenta o simplemente castrarlo. Acordaos de Bertoli, el italiano, lo castraron en chirona. Quien se convierte en chivato, no está seguro en ninguna parte.

Roldán y Louis se apaciguaron un tanto; no obstante, Roldán exigió:

—Ya han habido varios servicios y no hemos cobrado. Algo hay que tocar por si la situación se pone fea. Louis y yo hemos pensado que, para empezar, con doscientas sábanas de Moliere será suficiente.

—¿Doscientas sábanas de Moliere? ¡Eso son cien mil francos!

—No es mucho para los fiambres que han ido a la Morgue y para los riesgos que estamos corriendo.

—Está bien, cuando el «Cerebro» se ponga en contacto conmigo, le pediré el dinero.

—Dile que si no paga iremos a buscarlo, porque aunque se haya tapado la cara, yo sé dónde ir a buscarlo —le dijo Roldán.

—¿De veras, o sólo es una bravuconada? —preguntó Chateau, interesado.

—Que lo intente y verá qué visita recibe.

.—De acuerdo, se lo diré.

—Bien. Como adelanto, puedes darnos cinco sábanas de Moliere a cada uno.

—¿Y por qué diablos he de pagar yo? El jefe es el cerebro y él es quien cobra y quien paga.

—Tú actuaste de intermediario en este asunto, de modo que te conviene hacer un poco el pagano. Para ti no es ningún problema ese dinero y lo descuentas cuando cobres —le dijo Roldán,

—Está bien. Id abajo, tomaos una copa y echad un polvo con la que más os guste por cuenta de la casa.

—¿Y el dinero? —insistió ahora Louis.

—Os lo mandaré abajo.

—Lo de la copa y el polvo nos parece bien, nunca hay que desaprovechar las gozadas gratis, pero queremos el dinero ahora —insistió Roldán.

—Os lo llevarán abajo.

—¿Temes que veamos dónde tienes el ladrillo flojo? ¿Has visto, Louis? Después de tantos años, Chateau no se fía de nosotros.

—Vamos abajo, Roldán, y si dentro de un rato no han bajado los billetes, volvemos a subir. Chateau ya sabe cómo las gastamos.

—Sí, claro. Y ya sabes, el dinero antes del polvo; si no es que no disfruto —le advirtió Roldán.

Chateau estaba de pésimo humor y no hacía nada por disimularlo,

comenzaba a pesarle haberse metido en aquel asunto. Roldán y Louis eran dos sicarios que tenían las manos manchadas de sangre mucho antes de que él les propusiera entrar en el negocio. Eran dos hampones que habían estado más de cuatro veces en la cárcel é incluso habían actuado como mercenarios en África, pero no habían reincidido porque la disciplina no les gustaba.

Aquellos dos criminales bajaron a la sala. Chateau les observó a través del falso espejo y luego, se enfrentó con el teléfono. Disco un número que conocía de memoria, pero no había conseguido averiguar a qué dirección pertenecía.

—Esto es una cinta de grabación. Tiene un minuto para explicar lo que desea. Luego, cuelgue, por favor.

—¡Mierda! —casi escupió Chateau que cada vez que se topaba con una de aquellas cintitas magnetofónicas se enfurecía. Luego, consciente de que los segundos transcurrían, habló —: Llama Chatelet —dijo, dando su nombre en forma de diminutivo—. Tengo prisa porque me llame, es urgente.

Y colgó. Luego, empujó su mesa escritorio. Empotrada en el suelo había una caja fuerte que quedó visible tras levantar una trampilla de madera. Puso en marcha la combinación y abrió la tapa de acero con ocho puntos de fijación. Dentro de la caja podían verse muchas cosas, entre ellas, billetes.

—Muy bien, Chateau —dijo de pronto la voz de Roldán, sorprendiéndole desagradablemente.

—¿Eh? —inquirió, volviéndose.

—Nos tomabas por idiotas, ¿eh? —rezongó Louis.

Roldán le advirtió:

—Si cierras la caja, te vuelo los sesos.

Chateau sabía que debía tener en cuenta aquella amenaza. Roldán era un hombre que disparaba" con demasiada facilidad y tenía una pistola en la mano cuyo siniestro orificio apuntaba hacia el rostro del propietario del club.

—Bueno, esto será una broma.

—No, no es ninguna broma —le dijo Roldán—. Levántate y camina hacia atrás. No quiero hacerte daño, eres un amigo.

—Sí, claro, soy un amigo —aceptó, echándose hacia atrás con las manos por encima de la cabeza.

Louis se acercó a la caja y comenzó a sacar su contenido.

—¡Esto es la banca nacional! —exclamó—. ¡Mira, Roldán, francos, francos suizos, dólares, libras esterlinas, pesetas, hay de todo!

Chateau sonrió forzosamente, tratando de mostrarse amigable. Sabía que su situación era más que comprometida.

—No te fías de los bancos, ¿eh, Chateau?

—La verdad, no mucho.

—Mira, esto es heroína y también hay cocaína.
—Un buen Sote, seguro que hasta tendrá joyas.
—Bueno, llevaos los billetes y ya hablaremos de todo esto cuando el «Cerebro» pague...

—Y te hacías el miserable, Chateau —le recriminó Roldán sarcástico—. Este nauseabundo club da mucho de sí, es una buena vaca. ¿Qué es lo que da más, las prostitutas, la venta de la droga o acaso el mercado negro de moneda extranjera?

—Hace muchos años que tengo este negocio, me ha costado mucho...

No había terminado de hablar cuando Louis descubrió una bolsita de terciopelo azul oscuro que abrió.

—¡Fíjate, Roldán, son brillantes!

—Ya decía yo, un buen lote —aprobó Roldán.

Y disparó dos veces su pistola que, provista de silenciador, apenas hizo ruido.

Chateau, alcanzado de lleno, fue empujado contra la pared. Con la espalda pegada a ésta, se fue escurriendo hasta el suelo. En la pared quedaron los plomos que habían traspasado su cuerpo. La distancia entre el asesino y su víctima había sido corta y la potencia del arma, nada común.

—¿Hacía falta matarlo? —preguntó Louis, algo dubitativo.

—Sí, no nos hubiera perdonado que lo limpiáramos. Habría pagado a otros para que nos llevaran a la Morgue. Anda, hay que dejar esto limpio y la caja cerrada, sin huellas.

De pronto, sonó el teléfono. Ambos se miraron y fue Louis quien descolgó.

—¿Sí?

—¿Chateau?

Louis miró al hombre viejo, ya cadáver, y respondió:

—Duerme en estos momentos.

—Tú eres Louis, ¿verdad? —inquirió la voz oscura al otro lado del hilo.

—Sí, claro, y usted es el «Cerebro».

—Exacto.

Mientras Louis hacía señas a Roldán para que se acercara, dijo:

—Queríamos hablar con usted.

—Sí, he recibido el mensaje de Chateau. ¿Qué ocurre?

—Tenemos algo urgente que decirle y no puede ser por teléfono.

—Vamos, no seas idiota. ¿Qué es eso tan urgente?

—Se trata del comisario Gaugie, pero, Seguiremos hablando en otra parte.

—Está bien —aceptó el llamado «Cerebro»—. Kilómetro veintisiete, donde siempre.

Y colgó sin concretar siquiera la hora.

—En marcha, Roldán, vamos a apretarle las clavijas. Yo no me creo que vaya a obtener millones; hay que sacarle lo que se pueda ahora y largarnos con eso y lo que acabamos de sacarle a Chateau. Podemos tomar un avión para el Brasil.

—Bien, vamos, pero antes hay que hacer un trabajo.

—¿Cuál?

—Ahora lo verás.

Salieron del despacho. Caminaron por un pasillo y se detuvo frente a una puerta tapizada en rojo, ya muy sucia. Roldán llamó con los nudillos en la puerta.

Se abrió ésta y apareció la bellísima bailarina mestiza que los miró con pupilas interrogantes. Se pudieron oír como dos taponazos.

La muchacha desorbitó sus ojos y abrió la boca aterrada, echándose hacia atrás mientras gritaba. Un tercer taponazo cerró su boca mientras la cara se le llenaba de sangre.

—¿Por qué lo has hecho, Roldán?

—Ella nos ha visto en el despacho del viejo y luego la policía hace preguntas. —La miró, ya en el suelo, y opinó—: Estaba esperando otra ciase de perforación, qué pena, un cuerpo tan hermoso y ahora sólo es carne de disección. ¿Crees que los buitres de quirófano se lo van a pasar en grande desollándola?

—Yo las prefiero vivas —replicó Louis cerrando la puerta con cuidado. Poco después, ambos desaparecían por las callejas portuarias de Marsella.

CAPITULO IX

—¿Qué has sacado en limpio?

Madame Charcot preguntaba de forma tajante. Jean Maurice le replicó:

—No trabajo con ficha de horarios.

Ella parpadeó, como sorprendida por la respuesta.

—Llevas aquí varios días.

—Soy un reportero, no un policía. La propia policía, el comisario Gaudie, no ha sacado nada en claro aún.

—Creí que serías más incisivo en tus investigaciones.

—Si le parezco lento, cojo mis cosas y me voy. Por cierto, la compañía de seguros quiere hacer muchas preguntas respecto a cómo mi coche se estrelló contra las rocas.

—Te lo pagarán.

—Eso espero; de todos modos, salgo perdiendo.

—Yo cubro la diferencia,

—Bien—aceptó Jean Maurice, viéndola caminar nerviosamente, apoyada en su muleta metálica—. No es fácil encontrar una organización de raqueteros que quieren jugar fuerte.

—¿Te das por vencido?

—No, claro que no, pero quiero que entienda que no es fácil, escogen a sus víctimas y trabajan criminalmente de forma casi perfecta. Son profesionales, pero daré con ellos.

—¿Cuándo?

—Pronto, y ahora no pregunte cuándo es pronto.

—¿Para ir pasando el tiempo con la camarera?

—¿Le molesta?

—Al principio, la verdad, no me molestaba. —Se sentó y de la mesita de centro tomó un cigarrillo de una caja que ella misma se encendió. Expulsó una rápida bocanada de humo que no podía haber llegado a sus bronquios y prosiguió—: La camarera ha faltado a su trabajo.

—Yo se lo pedí a madame Ravissant, la jefe de camareras.

—Lo sé, pero ella es sólo una camarera que estuvo presente por casualidad en el momento del crimen, nada más.

—La segunda vez también estuvieron a punto de matarla y como también asesinaron a las amigas de monsieur Honoré, ella puede correr, el mismo riesgo.

—Bah, esa chica no tiene ninguna importancia para que la maten. Si lo hubieran deseado, ya estaría muerta,

—Es posible, pero yo tengo libertad para actuar a mi manera. Si no le gusta, no hay trato, lo cual sería una pena porque sé que le voy a

traer al asesino.

—¿Ah, sí? Lo dices de una forma que parece que sí tienes datos y no quieres decírmelos. ¿O sólo tratas de darme esperanzas que no existen para alargar el tiempo?

—Creo, madame Charcot, que lo que a usted le sucede es que tiene celos de Ariadne.

—¿Celos yo, de una camarera que es casi una niña?

—Casi, pero ya no lo es. Esa chica casi estuvo en las manos de Paul Frangois que no consiguió hacerla suya aunque lo deseaba, eso era evidente. Ahora, usted piensa que Ariadne se acuesta conmigo.

—¿Y se acuesta?

—¿Por qué he de responderle?

Madame Charcot expulsó una bocanada de humo fuerte y seca que en realidad era un rápido y notorio suspiro.

—Está bien, acuéstate con ella si quieres, pero dile que se tome píldoras o ponte tú el paraguas de goma. Si queda encinta, no voy a tenerla en este hotel.

—La ley la protege.

—La ley, sí, pero yo tengo mis normas.

—¿Y el sindicato?

—No continúes, no me gusta soltar palabrotas. Cuando tengas algo que contarme, llama.

Jean Maurice, que se sentía ya echado del despacho, se dirigió a la puerta; mas, al llegar justo delante de la mujer, se detuvo para decirle:

—¿Si le preguntara si quiere acostarse conmigo, qué' me respondería?

Ella levantó despacio su rostro; Clavó sus ojos en los del hombre y movió los labios para responder.

—¿Cuándo?

El hizo una pausa muy larga antes de decir:

—Sólo quería saber cuál podía ser la respuesta.

Se dirigió a la puerta. Cuando ya había puesto la mano sobre el pomo, ella preguntó con voz ronca:

—¿Cuánto pides?

—Nada. Antes de cobrar alguna vez por joder, me los corto, sólo quería saber cuál era su respuesta. No lo tome a mal, no he pretendido molestarla. No había malignidad en mi pregunta, sólo quería saber un poco más de usted.

Jean Maurice salió del despacho y un hermoso cenicero de Sevres salió volando contra la puerta. Cayó al suelo y rebotó en la moqueta sin romperse.

—¡Bastardo!

Aquella fue una de las pocas veces que madame Charcot estalló en un sollozo. No estaba compensada consigo misma y tenía a qué

achacar su desgracia, por lo que sus primeros instantes de debilidad se esfumaron y cogió la muleta metálica con la que comenzó a golpear la mesa, con tal rabia que consiguió romper la muleta.

—Madame Charcot, madame Charcot, ¿ocurre algo? —Preguntó su secretaria, asustada por los violentos golpes.

* * *

Jean Maurice se dirigió al estacionamiento donde tenía el lujoso automóvil que madame Charcot había puesto a su disposición. Se acomodó en él, encendió un pitillo y puso la radio, conectada con una emisora con música tranquilizante.

Se dispuso a aguardar e iba por el segundo cigarrillo cuando vio a Ariadne que caminaba de forma resuelta hacia él.

—¿Has esperado mucho?

—No, anda, sube, que nos vamos.

Dio al contacto y el coche abandonó el parking.

—¿Adonde me llevas?

—A dar una vuelta.

—Jean Maurice, ¿qué pretendes de mí?

Él desvió por un instante su mirada hacia ella y sonrió con picardía.

—¿Estaría mal que quisiera ligarte?

—Eso es lo que dicen.

—¿Quién lo dice?

—Mis compañeras de trabajo.

—¿Y te sabría mal?

—Pues, la verdad, me confundes... —Miró hacia la calle, Saint Tropez estaba animado aun de noche—, Te es fácil burlarte de una chica de provincias cuando tú eres de París y un hombre que ha vivido mucho.

—No, si no quiero burlarme, sólo ligarte —se rió.

—Pues, no pienses que voy a acostarme contigo, porque eso...

Dos horas más tarde, Jean Maurice besaba con apasionamiento a Ariadne.

El apartamento era de una sola habitación, con una pequeña cocina eléctrica sólo apta para preparar bocadillos o un café, un cuarto de baño y una terraza estrecha que miraba al mar y cuyas puertas correderas estaban abiertas para que entrara el fresco de la noche, una suave y agradable brisa marina con sabor a sal.

—Jean Maurice...

—¿Qué? —runeó él con voz ronca.

—Cuando me hayas hecho tuya, ¿qué?

—Tengo la mala impresión de que tú eres de las que se casan.

—Si no va bien, luego existe el divorcio.

—Uy, el divorcio es muy complicado, es la doble trampa.

—Déjame, déjame, tú no me quieres.

Ariadne consiguió girar sobre sí misma y colocarse boca abajo en la amplia cama, pero Jean Maurice continuaba sobre ella como montándola a horcajadas. Palmeó su piel desnuda con suavidad y rezongó:

—Está bien, está bien, todavía no estás madura.

Se apartó de ella, dejándola libre. Tuvo el incontenible deseo de estirarle de las braguitas y lo hizo sin llegar a quitárselas. Al soltar la goma, ésta golpeó suavemente sobre la espalda de la muchacha.

—Lo tienes precioso.

Y se fue al cuarto de aseo.

Ariadne, que seguía en la misma postura encima de la cama, oyó el ruido de la ducha y se le humedecieron los ojos. Se vistió lentamente y media hora más tarde, cenaban en un restaurante.

—¿Decepcionado? —le preguntó, deteniendo el tenedor que sostenía entre sus púas, un pedacito de carne.

—La verdad, no esperaba ahora una ducha fría, de todos modos, siempre terminas dolorido.

Ella masticó la carne con lentitud, como si le sirviera para meditar sus palabras.

—Todas las mujeres no son como yo, ¿verdad?

—Pues, te diré, antes abundaban más las que eran como tú. Yo no llegué a conocer la época anterior a la Brigitte Bardot, ya sabes, la que puso de moda Saint Tropez y dio a nuestra amada Francia más divisas que la Citroen, pero lo que es actualmente, sí eres una rara avis...

—No puedo remediar ser así, me falta algo, no sé.

—Ya, te falta un empujoncito, pero que sea fuerte y firme. En cuanto a mí, no te preocupes, tengo otras soluciones.

—¿Acostarte con otra?

—¿Por qué no? Siempre es una solución.

—¿Sin amarla?

—Si para hacer una gozada de cama hubiera que amarse tal como tú y también yo entiendo que hay que amarse, pienso que nueve de cada diez veces el tío tendría que meterse bajo la ducha como yo he hecho y esperar a otro día. Amar es otra cosa, Ariadne. Amar es la unión del cuerpo y el espíritu, es comunicarse, es algo profundo que une sin encadenar. Lo que hacen la mayoría de las veces los hombres y las mujeres es sólo una gozada sexual, sólo eso.

—¿Y tú querías hacer una de esas gozadas conmigo?

—No, lo cierto es que no. Si hubiera deseado llevar a cabo esa gozada, sólo habría tenido que insistir más o emplear un poco más de fuerza.

—¿Tú crees?

—Sí, es como se llevan a cabo la mayoría de los desvirgues, un poco

de insistencia y un algo de fuerza y firmeza y luego, ya todo es más fácil.

—No sé si ponerme a llorar o a reír, debo de parecerle la mujer más tonta de Francia.

—El problema es que te crees una mujer y sólo eres una muchachita, eso sí, muy bien desarrollada, yo diría que completamente desarrollada y apta para ser subida al tálamo nupcial, pero a tus sesitos aún les falta madurar un poco, no mucho, no creas, y con la buena temperatura de Saint Tropez, esa maduración se llevará a cabo muy pronto. Respecto a lo que me preguntabas antes, te diré que yo deseo comunicarme contigo, pero con los cinco sentidos.

—Pues, tendrás que ser paciente conmigo y ayudarme para que pueda ser partícipe de esa comunicación total.

Terminaron de cenar. Cuando Jean Maurice hubo abonado la cuenta, le dijo:

—Ve al coche, ésta es la llave de la portezuela. En seguida me reúno contigo, tengo que hacer una llamada.

Ariadne aceptó la llave y antes de salir, pasó por la toilette donde se arregló un poco los ojos y se examinó a sí misma con atención. Quería verse tal como la podía contemplar el propio Jean Maurice, pero le resultaba imposible; él debía mirarla con ojos de deseo y ella no podía desearse a sí misma.

Con unos toques de pincel, dio algo más de sensualidad a su rostro y se preguntó si tenía deseos de que Jean Maurice volviera a llevarla a aquel apartamento que había alquilado por unos días.

Salió del restaurante y fue al estacionamiento. Allí había poca luz y un buen número de automóviles.

Se acercó al amplio y lujoso vehículo que pertenecía al hotel Cinq Etoiles, abrió la portezuela con la llave y se introdujo en él. Cerró colocando el seguro, conectó la radio y buscó un cigarrillo.

De pronto, notó una respiración a su espalda, tras su nuca. Alzó su mirada hacia el espejo retrovisor y vio una cabeza encapuchada, unos ojos que la observaban a través de los orificios, una boca que medio se ocultaba tras la ranura de la tela de aquel fino pasamontañas.

—¡Agg!—gritó, tratando de escapar. Pero, las manos enguantadas la sujetaron y una voz ronca inquirió:

—¿Qué le has contado a ese bastardo de París?

Ariadne forcejeó. Volvió su cabeza hacia el encapuchado y le vio muy cerca. Asustada, gritó:

—¡Asesino, asesino!

La mano enguantada le tapó la boca. La joven comenzó a sacudir sus piernas, a luchar en el asiento, a golpear los brazos del encapuchado tratando de librarse de él.

—Basta, basta, tranquilízate, no te sucede nada.

Al oír la voz, ahora mucho más clara, se detuvo y buscó despacio los ojos del encapuchado. Con voz débil, preguntó:

—¿Jean Maurice?

Sus labios temblaron al preguntar. El la había soltado ya, desvió su rostro y con las manos enguantadas, se descubrió la cabeza. Permaneció unos segundos más vuelto y al fin se encaró con la muchacha.

—¿Más tranquila ya?

—¿Por qué, por qué lo has hecho?

—Necesitaba hacer una prueba.

—¿Una prueba?

—Sí, olvídate de que el encapuchado era yo y dime, ¿te ha parecido el mismo hombre que te atacó y asesinó a Paul Frangois?

—Pues...

—Olvida que era yo, olvídale, por favor. Recuerda todos los detalles, forma de la cabeza, algún brillo especial, la forma de actuar...

—Pues, no me fijé bien en los ojos, además, había bebido demasiado, pero el brillo...

—¿Qué brillo?

—Él de la boca. Tú también lo tenías, Jean Maurice, tú también lo tenías...

—¿Era esto?

Jean Maurice le mostró algo en su mano enguantada; era como un papelito dorado.

—¿Qué es esto?

—Unos falsos dientes de oro. Fíjate —se cubrió los dos dientes delanteros superiores con el papel dorado, lo que hizo parpadear a la joven.

—Sí, es posible, diría que sí.

—Yo también lo creo. La verdad es que no me sirve como prueba, pero ya tengo una pista. Salió del coche y entró de nuevo en él por la parte del conductor—. Ya podemos irnos.

—¿Adónde?

—Te voy a regresar al hotel, eres todavía muy joven para andar con un granuja como yo por las noches de Saint Tropez.

CAPÍTULO X

—No vendrá —gruñó Louis.

—Sí, sí vendrá, ya lo verás —le respondió Roldan que no dejaba de mirar a un lado y a otro en aquel cruce de carreteras.

El automóvil se hallaba estacionado cerca de las ruinas de una casa muy vieja que debían haber demolido en parte hacía ya muchas décadas para abrir aquella carretera que cruzaba la que llevaba de Marsella a Montecarlo.

—Y si no viene, ¿qué hacemos?

—Hace una noche estrellada, no llames a la tormenta.

—¿Y si pasan por aquí los gendarmes?

—Les diremos que tú y yo somos muy amigos. Que yo sepa, no está penado ser maricón.

—No seas bruto...

—¿Es que tú, nunca, nunca...?

—Te diré. En París, en Pigalle, me ligué a un tío. La verdad es que creí que era la Kim Novak.

—¿Tan guapa era la loca?

—Bueno, no estaba nada mal.

—¿Y cómo terminó la cosa?

—Le di una patada en la entrepierna cuando vi lo que era. Me acordé de su familia y luego me marché.

—A lo mejor le hiciste un favor. Si le hubieras dado la patada en el trasero... —se rió Roldán.

—Tranquilos, no os mováis.

Se volvieron hacia las viejas piedras y descubrieron al hombre vestido con camisa y pantalones oscuros. Llevaba una gorra marinera también oscura y el rostro en apariencia al descubierto. Era un rostro de negro senegalés, pero los dos hampones sabían que aquello no era más que una careta de látex que cubría la verdadera cara.

—Somos Louis y Roldán, sus socios. No es para que tenga tanto recelo, no ha venido nadie más.

—Ya he visto el coche—dijo el falso senegalés que se mantenía a distancia y oculto en parte por unos matorrales que crecían junto a las piedras.

Entre sus manos podía estar ocultando una pistola y los dos hampones de Marsella no pasaron por alto aquella posibilidad. El «Cerebro» había demostrado tener mucha facilidad para matar y ellos no deseaban ser sus siguientes víctimas.

—¿Dónde está Chateau ?

Louis trató de explicar:

—Ha habido un ajuste de cuentas.

—¿De qué habláis?

—Un asunto de los bajos fondos de Marsella, ya sabe que allí quien la hace la paga.

—No entiendo lo que queréis decir. Al grano, tengo poco tiempo.

—Chateau andaba metido en muchos líos. Ya sabe, su club de «Les amants» es un nido de drogas y prostitución, hacía de redistribuidor de drogas. En fin, por lo visto ha querido asegurar su vejez.

—Habláis de él en pasado.

—A Chateau se lo han cargado —dijo Roldán—; parece que se había ido de la lengua. Louis y yo creíamos que el que el comisario Gaugie merodeara por los alrededores de «Les amants» podía ser a causa del negocio que tenemos con usted, pero, por lo visto, no es así.

—¿Decís que han matado a Chateau, cuándo?

—Esta noche.

—¿Y que el comisario Gaugie andaba por el club «Les amants»?

—Sí —mintió Roldán descaradamente. Luego, se echó a reír—. Pero, descuide, no es por lo nuestro, nadie sospecha nada. El ajuste de cuentas ha sido por tráfico de ganado, es posible que se haya dado el chivatazo a la Policía Judicial.

—¿Tráfico de ganado?

—Sí, trata de blancas —aclaró Louis, más concreto—. Antes de que pudiera protegerlo el comisario Gaugie, se lo han cargado. Esas cosas pasan cuando se está metido en demasiados asuntos al mismo tiempo.

El «Cerebro» miró a los dos matones de Marsella alternativamente.

—Ya vosotros, quién os ha contado todo eso?

—El propio Chateau. Se había asustado, quería una parte del dinero que ha de corresponderse en el asunto que tenemos con usted, por eso le ha llamado; pero, ya ve, lo han liquidado antes. Nosotros nada teníamos que ver con la trata de blancas y eso sí que da dinero, claro que no es fácil meterse en el negocio, ya está muy copado, a lo sumo que llegamos es a chulo matón, nada más.

—¿Seguro que se lo han cargado por un pleito de trata de blancas?

—Claro —respondió y dio unos pasos hacia adelante.

—No sigas avanzando.

—Somos socios, ¿no? —preguntó Roldán, simulando perplejidad,

—Sí, pero esta cita no acabo de entenderla.

—Está claro. Chateau tenía razón al querer que usted pagase una parte por los trabajos que ya hemos hecho. Normalmente, estos asuntos se abonan por adelantado. Usted nos prometió millones y no hemos cobrado nada aún.

—Os pagué cincuenta mil francos —puntualizó el «Cerebro».

—Cincuenta mil francos, para los riesgos que estamos corriendo y los muertos que ya ha habido, sólo es el aperitivo.

—Cincuenta mil francos es mucho dinero —insistió el «Cerebro» que

se ocultaba tras la careta de hombre de color.

—Cincuenta mil francos no son nada comparados con los millones que nos prometió.

—Habrá millones, pero este asunto es un poco largo, no es como un atraco que se realiza en un momento y ¡hale!, a desaparecer. Aquí hay que convencer de que deben pagar y eso no es fácil, todos se agarran a sus millones, pero terminarán soltándolos.

—Con la muerte del director del hotel Cinq Etoiles y también con la del dueño del Hotel Bleuté, ya deberían estar convencidos.

—Yo espero que lo estén. Hace falta una nueva reunión, pero muerto Gervais y también Chateau, me hace falta alguien para que convoque esa reunión.

—¿Y por qué no la convoca usted mismo? —inquirió Louis.

—Yo no puedo y vosotros no sois los más idóneos.

Louis, algo molesto por aquella observación, preguntó:

—¿Por qué?

—Hace falta un tipo con aspecto de ejecutivo como lo era Gervais.

—Pero, a él lo liquidaron, ocupar su papel es peligroso—objetó Roldán.

—Lo ocurrido no se repetirá. Todos han visto ya que quien se quiere pasar de listo recibe la justa represalia. El propietario del Hotel Bleuté fue quien pagó para que liquidaran a Gervais y os supongo enterados de lo que le ocurrió.

—¿Lo hizo usted personalmente? —preguntó Louis.

—Sí, yo solo y en alta mar. A vosotros sólo os pedí que recogierais el camión y llevarais el petróleo a la piscina del Hotel Bleuté.

—Con la manguera larga no es fácil que te descubran—dijo Louis—. Te estacionas en la calle y desenrollas la manguera de plástico hasta llegar a la piscina.

—Vigilad las manchas que podáis dejar.

—Ya lo hacemos —le replicó Roldán—, pero ahora queremos algo más de dinero para seguir adelante, de lo contrario todo se pondrá feo, muy feo, y a usted no le conviene.

—Está bien, os daré un adelanto de cien mil francos,

—¿A cada uno? —preguntó Roldán.

El hombre que seguía oculto bajo la máscara de senegalés negro vaciló, pero al fin terminó aceptando.

—A cada uno.

—¿Cuándo? —preguntó Louis.

—Pronto, será mientras hagamos un trabajo, yo os llamaré. Tenéis que darme un número de teléfono adonde avisaros; ahora que ha muerto Chateau, su teléfono no me sirve.

—¿Qué te parece, Louis?

—Razonable.

—De acuerdo, Chateau ha muerto pero nuestro asunto sigue adelante, ya está demasiado calentito para dejarlo. Ha habido muchas muertes y es hora de recoger la siembra. Los hoteleros pagarán. Si al principio no se asustaban por la marea negra, ahora ya tienen motivos para amedrentarse. Ninguno de ellos quiere morir y la policía va despistada; no obstante, hemos de tomar precauciones, podría ser que trataran de tendernos una trampa.

—¿Y si lo hacen?

—No caeremos en ella. Ahora me hace falta un hombre en quien confiar para que dé la cara en una reunión, sólo servirá de hombre de paja, nada más.

—Nosotros podríamos buscar a ese hombre y hablarle del asunto, pero para empezar a trabajar pediría dinero.

—De acuerdo, cincuenta mil para él.

—Bien, tendrá a ese hombre.

—Traedlo cuando yo os lo diga. Ahora, un teléfono para ponerme en contacto con vosotros.

—En el Café Noir me pasan todos los avisos —dijo Roldan—, Pregunte por mí y en pocos segundos estaré al aparato y si no estoy, me darán el aviso para que le llame.

—¿Sabéis adonde?

—Chateau tenía su teléfono, lo que no sabemos es a qué dirección corresponde.

—Ni os interesa, es un teléfono automático. Dejáis vuestro mensaje y listos, no hay por qué hablar más de la cuenta. Mañana no os alejéis del Café Noir. Tened en vuestro coche los pasamontañas y armas, quiero que si os llamo estéis cerca de mí y listos para trabajar. Ah, y que esté con vosotros el tipo que me hace falta. Ha de tener aspecto de ejecutivo bien vestido, rasurado, bien peinado y que no huela a sudor. Y que no sea idiota al hablar, porque si lo es, lo dejo frito de un balazo en vuestras manos. No toleraré ningún error, me juego demasiado.

Roldán le dio el número telefónico y el «Cerebro» lo memorizó. Poco después, desaparecía en la noche con gran disgusto por parte de Roldán que no estaba seguro de que fueran a recibir su dinero.

Roldán hubiera preferido robarle y luego pegarle un tiro, pero el «Cerebro» había tomado sus precauciones, no se dejaba cazar como el viejo y lascivo Chateau.

CAPITULO XI

Jean Maurice había preferido dejar de vivir en el Cinq Etoiles, es decir, pernoctar. Se sentía más libre en el pequeño apartamento que alquilara. En el hotel se sentía como vigilado por madame Charcot que podía pedir a sus empleados que anotasen sus entradas y salidas.

Miró la hora en su reloj de pulsera y abandonó el apartamento. Cuando iba a subir al coche, vio cerca a otro automóvil. Dentro de él, varios pares de ojos le miraron. Un hombre se le acercó, fumando pensativo.

—¿Tiene prisa?

—Hola, comisario Gaugie.

—¿Va a la reunión?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un confidente.

—¿Pagado?

El comisario sonrió,

—No debería estar de humor. Creo que si no se resuelve pronto este asunto, me veré dirigiendo el tráfico en algún pueblecito del interior. Desde París me dicen que hay que encontrar a los culpables, que ya se ha escrito demasiado sobre Saint Tropez,

'—¿Y por qué viene a verme a mí?

—Porque es el más asequible. Usted es reportero y ya me he enterado de que no va a ocupar el puesto que dejó vacante Paul Frangois. Madame Charcot está haciendo gestiones para encontrar un director que ocupe el puesto del asesinado.

—Sí, yo también lo sé.

—Todos creíamos que iba a ser usted el nuevo director del Cinq Etoiles.

—No me atrae el negocio de la hostelería, prefiero seguir siendo un reportero libre.

—Ustedes, los reporteros, presumen de tener una vida muy libre y ser muy arriesgados, pero fíjese en monsieur Paul Frangois, a él lo asesinaron en su trabajo.

—Sí y supongo que lo mismo le sucederá a un policía o a un albañil que se cae de un andamio, la muerte nos espera a todos.

—Es difícil discutir con usted o mejor diría, hablar, es rápido en sus réplicas. Por cierto, he venido a ver si nos podía echar una mano.

—¿Cómo?

—Sí va a la reunión de hoteleros acompañando a madame Charcot, a la salida puede contarnos lo que han hablado.

—¿No puede contárselo su confidente? Si le ha dicho que había reunión, es que se trata de un hotelero.

—No lo sabemos, sólo ha sido un telefonazo.

—¿Miedo?

—Eso nos ha parecido. Los hoteleros tienen miedo de la marea negra y miedo de ser asesinados.

—Con las muertes habidas, lo comprendo.

—Lo malo es que si vuelve & pronunciarse la amenaza de marea negra por la Riviera, va a venir tal cantidad de agentes de la Policía Judicial que habrá más policías aquí que bañistas.

—Y usted tiene miedo.

—Verá, me gustaría solventar este asunto antes de que envíen refuerzos. Ya no se trata de un asesinato, es una amenaza que puede hacer perder muchas divisas a Francia. Cerca están Montecarlo, Italia y la acaparadora de turistas que es España. ¿Cree que puede ser algún español?

—Qué idiotez.

—¿Por qué dice eso?

—Porque esa cerdada debe estar haciéndola alguien de aquí, alguien que conoce a sus víctimas, alguien que controla sus pasos.

—Eso también se nos ha ocurrido a nosotros, la policía no es tan tonta como algunos creen.

—Vaya, qué sorpresa.

—Puedo llevarle ante el juez si nos menosprecia,

—No, no, nada más lejos de mi intención. Por cierto, ¿han encontrado ya la cisterna que lleva el petróleo crudo a las piscinas?

—No, no la hemos encontrado. Ignoramos de dónde lo sacan y no es fácil averiguarlo.

—Tampoco es fácil obtener el petróleo crudo.

—Con unos billetes, puede acercarse un barquito pequeño a un petrolero y pedir que le llenen los tanques.

—¿Cree que lo han hecho así?

—Es una posibilidad.

—¿Y el petróleo sin refinar lo llevan desde el mar a las piscinas?

—Es factible, ¿no? Aunque también cabe la hipótesis de que lo carguen en un camión cisterna y desde él lo lleven a las piscinas mediante una manguera larga, evitando que se derrame. Lo malo es que no hemos encontrado huellas del petróleo crudo por el suelo. Trabajan con meticulosidad, evitando dejar rastros. Y la manguera, en este caso, debería de ser muy larga, porque no hemos hallado rastros de neumáticos de camión, lo que nos habría dado una pista;

—¿Saben la cantidad de petróleo crudo que han vertido en cada ocasión en las piscinas?

—Aproximadamente, siete toneladas.

—¿Las dos veces igual?

—Sí.

—Entonces, cabe pensar que sí ha sido el mismo camión o barquito.

—Aplastante deducción, amigo Jean Maurice. Se le ocurrió a nuestro gendarme de tráfico local! y estábamos pensando en darle una medalla un día de estos.

—Comisario, si sé algo importante, le llamaré, creo que usted debe saber todo lo que se está cocinando. Los hoteleros tienen miedo y no saben cuál es el mejor cauce para librarse de los extorsionistas que ya son asesinos.

—Espero sus noticias, sabía que podría contar con usted.

—Un momento, comisario. He leído en el periódico de hoy la muerte de un hampón de los bajos fondos y de una amante suya en Marsella.

—¿Se refiere a Chateau ?

—¿Lo conocía?

—Sí, pasé bastante tiempo en Marsella. Ese Chateau era bastante sucio y a la vez confidente, un tipo que sabía jugar con cinco o seis barajas.

—¿Cree que su muerte tiene algo que ver con lo que ocurre aquí?

—¿En Saint Tropez?

—Sí, hay pocos kilómetros entre Saint Tropez y Marsella.

—Mo, no lo creo, Lo de Chateau habrá sido un ajuste de cuentas, es algo muy frecuente en Marsella. No le deseo la muerte a nadie, pero a Chateau no se le podía esperar otro mal que no fuera ése. Lo que más siento es esa joven africana que también se han cargado, seguramente para que no diga nada. De todos modos, es un asunto que no llevo yo sino otro colega y palabra que me gustaría darle el cambiao. Este de la marea negra es más complicado.

—Por cierto, el tal Gervais, el «Suizo» al que asesinaron...

—No era suizo sino francés, un tipo de cuidado. Hablaba varios idiomas, había cumplido tres condenas por introducción de dólares falsos en Francia, tráfico de drogas y estafa,

—Suerte, comisario Gaugie.

Montó en el automóvil y se alejó del coche policial que se quedó allí, quieto, como esperando para tomar una decisión.

Jean Maurice tenía tiempo para llegar a la reunión de hoteleros, una reunión que seguro tendría mucho que ver con la marea negra.

Madame Charcot le había telefoneado para pedirle que acudiera; él se había ofrecido para recogerla y ella respondió que ya la llevaría el chófer del hotel.

Jean Maurice recordó su último encuentro con madame Charcot y se dijo que había sido demasiado duro, poco amable, pero lo que él pretendía era tratar de averiguar las intenciones de madame Charcot respecto a él.

Había aceptado el trabajo de buscar a un asesino como si fuera un

detective privado mientras decía que estaba haciendo un reportaje, para lo cual siempre llevaba consigo varias máquinas de fotografiar, aunque apenas había sacado fotografías.

Lo que no estaba dispuesto a hacer era convertirse en un gigoló. Parecía tan fácil aprovecharse de una mujer frustrada y solitaria, sedienta de amor y de satisfacciones sexuales como madame Charcot que resultaba una vergüenza beneficiarse de tal situación; sin embargo, estaba convencido de que aparecería un nuevo Paul François que se convertiría en el director del Cinq Etoiles.

La reunión estaba convocada en la sala de juntas de uno de los más prestigiosos hoteles que se hallaban en la jurisdicción de Saint Tropez. No se ubicaba en la mismísima población, sino dos kilómetros más lejos, pero con una cantidad de servicios propios que hacía innecesario acudir a la población para abastecerse de nada.

Cuando Jean Maurice llegó, madame Charcot ya estaba sentada en una butaca.

Llevaba gafas de sol ocultando sus ojos, posiblemente enrojecidos. Junto a ella tenía una muleta negra. El rictus de su boca estaba endurecido y miró a Jean Maurice, el cual se acercó para saludarla.

—Buenos días. He acudido con tiempo, espero no llegar tarde.

Antes de que la mujer pudiera decir algo, habló Branloire, el hombre de la voz aflautada y propietario del hotel donde celebraban aquella reunión.

—No, no ha llegado tarde. Un magnífico ejemplar de hombre su amigo, madame Charcot, algún día tendrá que prestármelo,

Jean Maurice se lo quedó mirando muy fijo y el hotelero Branloire sonrió y se sonrojó.

—Bueno, sólo para ver cuáles son sus conocimientos profesionales.

Madame Charcot no hizo ningún comentarlo.

—Puedo marcharme si lo desea y si quiere olvidar la proposición que me hizo, no se lo reprocharé —le dijo Jean Maurice.

Ella replicó con sequedad.

—La proposición sigue en pie. No soy una burguesa que sólo hace que vagar por casa, leer estúpidas revistas y visitar las boutiques de los estafadores de la moda. Soy una empresaria y mis decisiones son razonadas.

Llegó Eddie Lambris y saludó muy cordial a varios de sus colegas. En realidad, él tenía más atenciones con los demás que a la inversa.

—¿Cómo va el negocio, mon chérie? —saludó efusivo a la única mujer del grupo, ignorando la presencia de Jean Maurice, el cual se fijó que los dientes de oro que le había saltado de un puñetazo habían vuelto a su lugar correspondiente.

—No puedo quejarme, cubro gastos. El año próximo será mejor.

—Si no nos cae encima la maldita marea negra —rezongó Eddie

Lambris.

Aquella reunión no tenía una presidencia ni una ejecutiva, todos eran colegas y con idénticos derechos, mas llegó un hombre bajito, vestido de negro, con un portafolios en la mano. Protegía sus ojos con gafas de montura metálica y sonreía.

—Monsieur, madame, buenos días... —Cerró la puerta, dejó el portafolios sobre la mesa y pidió—: Tomen asiento si son tan amables, seré breve.

Se produjo un murmullo general pero tomaron asiento. Jean Maurice se acercó al recién llegado, se sentó en el borde de la mesa y le preguntó:

—¿Quién es tu jefe?

—¿Mi jefe? ¿Está de broma, monsieur?

Jean Maurice sacó de su bolsillo una cámara tipo pocket e hizo un par de fotografías al individuo en cuestión.

—¿Qué hace, monsieur?

—Fotografiarlo, es para el archivo de la policía.

Se produjeron nuevos murmullos. El sujeto del portafolios y el traje oscuro perdió la sonrisa pero trató de sacar aplomo y exigió:

—Deme esa máquina o tendrá que lamentarlo.

—Prefiero lamentarlo, estoy haciendo un reportaje sobre raqueteros y usted está incluido en la pandilla, lo que me temo es que no va a salir en la primera página. No es usted el cerebro de la banda sino el hombre de paja. De todos modos, estas fotos servirán para que la policía pueda identificarle.

El hombrecillo palideció y Eddie Lambris intervino para, decir:

—Cuidado, Jean Maurice, su actitud provocativa nos puede ocasionar problemas a los demás. Usted no tiene nada que perder, no es un hotelero de Saint Tropez. En realidad, no sé por qué demonios le dejamos estar presente en esta reunión.

—Porque me acompaña a mí —intervino seca madame Charcot—. Y lo que hace, para mí está bien. Lo que él hable, es como si hablara yo y tengo el mismo derecho a expresarme que los demás.

—No voy a consentir esta situación —gruñó el supuesto ejecutivo del portafolios, ya nada cordial.

—Al que vino primero, se lo cargaron —rezongó Jean Maurice—. ¿Te lo han contado?

—¡No voy a discutir nada!

—¿A qué has venido, entonces?

—Caballeros, si este sujeto no se va, yo sí me voy y todos lo van a lamentar.

—Si da un paso hacia la puerta —le previno Jean Maurice—, lo llevo de una oreja ante el comisario Gaugie que lo interrogará con mucho gusto.

El hombrecillo de apariencia inofensiva echó mano al interior de la chaqueta. Cuando con inusitada rapidez ya sacaba una pistola plana y pequeña ante el susto general, Jean Maurice le golpeó la muñeca con un seco golpe de karate.

El arma cayó al suelo. El hombrecillo quiso recuperarla, pero su rostro quedó entre las manos de Jean Maurice que le propinó un doble bofetón quedando su cara encajada entre las dos manos en medio de un sonoro estampido que llenó de calor las mejillas del representante de los raqueteros.

—Bueno, ya empezamos a entendernos. Ustedes, miren a este gusano. ¿Le van a tener miedo?

—¡Suélteme! —chilló.

—No me ha insultado, qué raro.

Jean Maurice lo cogió por la base de la nuca y lo hizo subir en parte sobre la mesa mientras alejaba la pistola con la punta del pie.

—¡Lo pagarán caro, muy caro, todos, todos! ¡Vendrá la marea negra y Saint Tropez se hundirá, no vendrá nadie, nadie! —barbotó,

—¿Ustedes lo creen? ¡Pues yo no! —gruñó Jean Maurice.

Los hoteleros no sabían qué hacer. Branloire, el de la voz aflautada y propietario del hotel en que se hallaban, preguntó temeroso:

—¿Y si cumple sus amenazas?

—No tengan tanto miedo. Son unos asesinos, es cierto, pero vaciar un barquito de petróleo frente a Saint Tropez es como matar la vaca de la que esperan alimentarse y no lo harán por más que vocifere esta sanguijuela. Ahora, le haremos escupir el nombre de su jefe.

—¡No lo sé, no lo sé! —gritó el hombrecillo.

—¿Qué/les parece, lo torturamos?

Eddie Lambris, con una actitud muy digna, intervino:

—No, no somos tan bestias como esos asesinos.

—Es posible que no lo sepa. De todos modos, se lo vamos a entregar al comisario Gaugie. Podrán acusarle de complicidad en unos cuantos crímenes.

—Si lo entrega a la policía, harán una represalia —gruñó Eddie Lambris.

—¿Contra usted?

—¿Contra mí? No, claro que no, en todo caso contra usted por haber entregado a la policía al representante de la organización. Además, es posible que si son muy poderosos lo suelten en seguida. Esa gente del hampa a lo grande tiene muchas influencias.

—Yo creo que no lo sacarán. Por favor, uno de ustedes, llame al comisario Gaugie, Dígame que venga, que Jean Maurice Cézanne le espera con un regalo que seguro va a gustarle.

El propietario del hotel fue quien se levantó. Miró la pistola con recelo y salió de la sala de juntas donde Jean Maurice mantenía sujeto

al representante de los extorsionistas de Saint Tropez.

CAPITULO XII

—Ahora se vengarán en ti —le dijo Ariadne, pesarosa.

Jean Maurice miró hacia el mar. Había oscurecido y desde la terraza del hotel Cinq Etoiles, el espectáculo del mar Mediterráneo era hermoso, muy hermoso.

La música sonaba un tanto estridente mientras en las pequeñas pistas de granito pulido danzaban muchachos y muchachas llegados de otros países de Europa.

—Ese era mi propósito, pero no va a ser fácil que se decidan. El comisario Gaugie, que también espera la represalia, va a vigilarme por si así tiene la oportunidad de capturar a Tos asesinos.

—¿Habló el hombre que capturaste?

—Aún no lo sé. '

—Jean Maurice, ¿por qué hace todo esto?

—Supongo que la respuesta fácil sería decir que por dinero, pero en realidad no lo sé.

—Se comenta que te has convertido en el amante de madame Charcot. ¿Es cierto? —le preguntó Ariadne mientras se le secaba la lengua.

—¿Tú lo crees?

Ella se encogió de hombros y desvió su mirada hacia el mar, aunque de reojo observó:

—Como dices que los hombres buscáis desahogos, pues...

—No, no soy su amante. Te diré que madame Charcot es una mujer con gran personalidad. Al principio, me impresionó; luego la miré con poca simpatía y después creo que la admiro. Es una mujer que sale adelante con sus problemas.

—Si no tuviera la pierna como la tiene, ¿te gustaría?

—No creo que lo de la pierna haya de afectarme. Es una mujer que vale, eso es todo, y punto.

—Como quieras. Estoy buscando trabajo en otra parte.

—¿Sí?

—Creo que me iré a París.

—¿No te gusta la Riviera?

—Sí, me gusta mucho, pero creo que un tiempo en París me beneficiará. Después, es posible que regrese a la Riviera.

—Hum, tienes muchos planes.

—Creo que no es futuro seguir de camarera donde estoy. Dicen que en París se puede trabajar y estudiar, al mismo tiempo.

De pronto y de forma inesperada para todos, se produjo una gran explosión que se llevó por delante docenas de cristalerías del gran vestíbulo del hotel mientras una deflagración se expandía por la

planta baja y las llamas corrían en todas direcciones buscando el aire exterior. Rápidamente se elevaron gritos de angustia, terror y dolor.

—¡Jean Maurice!

—¡Maldita sea, han replicado! —gruñó el hombre.

—¿Qué hacemos?

—¡Ayudar!

Jean Maurice corrió hacia el edificio del hotel y Ariadne fue tras él.

—Jean Maurice, ¿por qué haces todo esto?

Vio a personas lanzarse al agua de la piscina y ayudó a otras a lanzarse cuando el fuego las envolvía. Luego, se tiró al agua para ayudarlas a salir de ella y que no se produjeran colapsos que les llevaran al ahogo.

Ariadne socorría a los que Jean Maurice sacaba del agua, ya liberados del fuego.

—¡Que traigan mantas!—gritó Jean Maurice.

Madame Charcot apareció cojeando, sin saber en qué dirección acudir, consternada.

Mientras un gendarme soplaba un silbato con energía, el hotel quedaba envuelto en las llamas, iluminando el mar en aquella agradable noche estival.

La alarma fue general en Saint Tropez.

—¡Ariadne, cuida de madame Charcot, yo me voy!

—¡No te vayas ahora!

—¡La policía vendrá en seguida y también los bomberos, yo tengo que hacer! —dijo, chorreando agua.

Corrió hacia el automóvil que se hallaba en el estacionamiento y buscó sus llaves. Fue a abrir la portezuela cuando notó que habían estado hurgando en la cerradura.

Abrió con sumo cuidado y miró hacia el interior del vehículo, lo que no era fácil debido a que había poca luz. Mas el fuego no estaba lejos y pudo escrutar el interior del coche hasta descubrir un paquete de cartuchos de dinamita debajo del asiento del conductor.

Volvió a cerrar el coche sin dar al contacto y regresó junto a madame Charcot que miraba patética el hotel, su hotel, rodeado de fuego.

—Tenga las llaves del coche. Que nadie suba a él, dentro han puesto unos cartuchos de dinamita.

—¿Dinamita en el coche? —repitió atónita madame Charcot, que iba de sorpresa en sorpresa y todas desagradables.

—Sí, por lo visto querían volarme, sabían que era yo quien utilizaba ese coche. No me han perdonado la entrega del hombrecillo ese al comisario Gaugie. —Miró el hotel y dijo sinceramente—: Lo siento.

—Está asegurado, lo que no quiero es que haya víctimas.

—Bien, dígle al comisario Gaugie que me espere aquí y déle las

llaves para que los artificieros quiten la dinamita del coche. —Miró a Ariadne y le pidió—: Cuida de ella.

—Sí, Jean Maurice. ¿Adónde vas?

—No tardaré en volver.

Salió a la calle corriendo cuando llegaban los bomberos y también dos coches de policía. Tomó un taxi y pidió que le llevara a las proximidades del hotel propiedad de Eddie Lambris.

Jean Maurice pagó la carrera con billetes mojados que el taxista no rechazó. Después, esperó a que se alejara.

Se introdujo en los jardines del hotel buscando las sombras. En realidad, había poca luz y el ala en que había huéspedes alojados estaba como muerta.

Fue avanzando y buscó la protección de un camión que tenía grandes bombonas para el transporte de cemento a granel. Al rodearlo, tocó una de las salidas de cemento y se manchó. Olfateó su mano, sorprendido, pues tenía que haberse ensuciado de cemento y no de algo húmedo y grasiento.

—Petróleo...—Miró el camión y exclamó en voz baja—: La pieza que faltaba.

Iba a introducirse en el hotel cuando vio llegar un automóvil que se detuvo frente a la puerta.

—Eddie Lambris.

Al sentirse interpelado, el propietario del hotel se revolvió rápido y quedó frente a Jean Maurice que se le había acercado por detrás del automóvil.

—¿No ha ido a ver el hotel en llamas?

—Lo he visto de lejos pero ¡a verdad, no soy morbosos. Sabía que los mañosos replicarían por poner a sus hombres en manos de la policía, fue un terrible error por su parte, Jean Maurice.

—Por cierto, ¿no se sorprende de verme vivo?

—¿Por qué habría de sorprenderme?

—Por la dinamita que me ha dejado en el coche.

—No sé de qué me habla.

—¿Tampoco sabe de qué le hablo si le digo que ese camión en vez de llevar cemento ha transportado petróleo crudo?

Eddie Lambris vaciló un poco, se echó hacia atrás y buscó en su bolsillo. Pero Jean Maurice, que esperaba aquella reacción, se le echó encima, derribándole.

—¡Bastardo! —rugió Eddie Lambris, consiguiendo empuñar una pistola.

Jean Maurice forcejeó con él y ambos rodaron por el suelo junto al automóvil. Eddie Lambris no era tan débil como podía suponerse y logró meter la cabeza de Jean Maurice bajo el parachoques, golpeándole contra el borde del mismo.

Jean Maurice quedó aturdido mientras la sangre le bajaba por el rostro por la brecha abierta en la unión de la frente con el cabello.

Eddie Lambris, jadeante, se puso en pie con la pistola en la mano. Apuntó a la cabeza de Jean Maurice y se dispuso a apretar el gatillo mientras veía el cielo iluminado en rojo; los bomberos debían estar luchando con las llamas del hotel.

Eddie Lambris dudó. Optó por montar de nuevo en el coche y gruñó entre sus dientes de oro;

—Aplastado quedarás mejor, será un accidente de automóvil.

Dio al contacto y pisó a fondo el acelerador.

Cuando ya las ruedas le iban a pasar por encima, Jean Maurice giró sobre sí mismo y el coche le pasó rozando. Eddie Lambris se percató de que no lo había atropellado y se apresuró a sacar su mano armada por la ventanilla,

Pero, la mano de Jean Maurice le atrapó la muñeca armada y le golpeó contra un canto de la propia ventanilla haciendo caer la pistola al suelo. Eddie Lambris, ansioso de escapar, pisó a fondo el acelerador, pero atrapado como estaba, no pudo controlar el coche que chocó contra un mojón, deteniéndose.

Jean Maurice, recuperado, se levantó y disparó su puño contra la cabeza de Eddie Lambris, alcanzándole en la oreja.

Lo tumbó contra el asiento, recogió la pistola del propio Lambris y le apuntó con ella.

—Nos vamos.

Ocupó el puesto del conductor y colocó en el suelo del vehículo a Eddie Lambris que había quedado medio inconsciente.

Puso marcha atrás y el coche funcionó aunque sonaba a hierros colgando. Hizo una maniobra, chirriando de ruedas escandalosamente, y salió del reducto del hotel.

Fue al hotel Cinq Etoiles donde estaban todos muy ocupados.

Sacó del coche a Eddie Lambris que se veía ya perdido y no ofrecía resistencia ante la pistola que empuñaba su captor,

Jean Maurice no lo llevó a presencia de los gendarmes sino que buscó a madame Charcot junto a la cual estaba Ariadne.

—¿Ha llegado el comisario Gaugie? —preguntó.

—Sí —asintió madame Charcot —y ha dicho que esto se va a acabar, que han capturado a dos hampones llamados Roldán y Louis. El hombrecillo que entregaste a la policía ha denunciado a sus compinches, pero no sabe el nombre del que llaman el «Cerebro».

—El «Cerebro» es Eddie Lambris.

—¡No es posible! —exclamó madame Charcot.

Eddie Lambris, todavía aturdido, masculló:

—Vosotros, vosotros tenéis la culpa, ninguno me ayudasteis cuando mi hotel se siniestro.

—¿Tú mataste a Paul Frangois?

—Sí, sí, te libré de él.

—Yo amaba a Paul Frangois, ¿lo sabías? —silabeó con una frialdad y una lentitud que resultaban patéticas teniendo a sus espaldas el hotel en llamas.

—Era un gigoló, un chulo, se iba con todas. ¿Sabes lo que estaba haciendo con la camarera cuando le preparamos la ejecución?

—Sí, lo sé, pero yo le amaba lo mismo,

—Ariadne, busca al comisario Gaugie —le pidió Jean Maurice.

—Búscalos tú, Jean Maurice, lo traerás más aprisa —objetó madame Charcot —, Ardo en deseos de verlo esposado.

—Está bien, manténgalo vigilado con la pistola.

Madame Charcot tomó el arma y cuando Jean Maurice se alejaba unos pasos, escuchó varios disparos. Se volvió bruscamente y vio a Eddie Lambris retorcerse sobre sí mismo hasta caer al suelo.

—¿Qué ha hecho? —gritó.

—Justicia.

—¡La justicia no puede tomársela por su mano! —le reprochó Jean Maurice.

—¿Por qué creías que te ofrecía medio millón para que me lo trajeras a mí y no a la policía? —inquirió con frío cinismo.

—Está loca, aunque comprendo su locura. Déme la pistola —exigió.

—Toma. —Alargó el arma, devolviéndosela con sencillez—. Ya no me hace falta.

En medio de la confusión reinante, los disparos habían pasado desapercibidos. Jean Maurice fue en busca del comisario Gaugie y cuando lo encontró le dijo:

—El «Cerebro» de todo lo ocurrido está aquí.

—¿Dónde?

—Muerto.

—¿Usted...?

—No, ha sido madame Charcot, con esta pistola. No he podido impedirlo.

—Vaya faena... Bueno, si se puede probar que ha sido él, la justicia será benévola con esa mujer, aunque pasará un tiempo en la cárcel. La venganza personal no es legal.

Jean Maurice iba a responder cuando se produjo una fuerte explosión. Se volvieron y no muy lejos vieron una gran llamarada.

—¡Comisario! ¿Madame Charcot no le ha dado unas llaves de coche?

—No, ¿por qué?

—¡Estaba preparado con dinamita!

Jean Maurice corrió hacia el auto cuando Ariadne corría también a su encuentro, con los senos agitados y el cabello en desorden.

—¡Jean Maurice, Jean Maurice, no he podido evitarlo, llevaba otra pistola pequeña escondida, no he podido evitarlo!

Jean Maurice la 'abrazó cortando sus sollozos, la estrechó, casi la estrujó contra sí mientras algunos de ¡os curiosos que habían estado observando las llamas se acercaban para ver e! coche destrozado, con un cadáver todavía más destrozado en su interior.

Madame Charcot ya no se pondría en las manos de la justicia de los hombres.

EPÍLOGO

Jean Maurice Cézanne entregó las maletas. Cogió por el brazo a Ariadne y la condujo hacia el avión.

—¿No has subido nunca en avión?

—No.

—Llegar a París por las nubes es hermoso, ya lo verás.

—Y a tu lado, mucho más.

El comisario Gaugie se les acercó, sonriente.

—¿Listos para la partida?

—Sí, he completado mi reportaje. No voy a cobrar lo que me habían ofrecido, pero no puedo quejarme por el trabajo y como el seguro pagará el coche que me estrellaron...

—Les deseo suerte, al fin se resolvió el problema de la marea negra en la Riviera. Por cierto, no sé si hay que dar la enhorabuena en las relaciones prematrimoniales.

Ariadne se sonrojó y dijo:

—Nunca olvidaré Saint Tropez,

El avión con rumbo a París estaba a punto de partir y por los altavoces pidieron que los pasajeros subieran a bordo.

Jean Maurice y Ariadne estrecharon la mano del comisario y juntos se alejaron hacia la pista de despegue.

Un cielo azul y limpio les aguardaba, no había contaminación.

FIN